



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

Dame una biblioteca y me moveré en el mundo

Redes y prácticas científicas

El caso de la Biblioteca Nacional durante el gobierno de la
Universidad de Chile

1852-1879

Informe de seminario de grado para optar al grado de Licenciada en Historia
Seminario de Grado: La burocratización del saber: ciencia y gobernanza en América Latina

Estudiante: Luz María Narbona

Profesor: Carlos Sanhueza

Marzo, 2017.

Agradecimientos:

Quisiera agradecer al Archivo Andrés Bello que me proporcionó las fuentes utilizadas para esta investigación. También, a la Biblioteca Nacional y a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades, lugares utilizados para la fabricación de este trabajo.

Agradezco a los profesores que se erigieron a lo largo de mis años de pregrado como pilares fundamentales para mi formación académica: José Luis Martínez, Alejandra Vega, Ariadna Biotti, Claudia Zapata y en especial a mi profesor guía, Carlos Sanhueza, por su infinita paciencia.

A las amigas y amigos que me acompañaron en largas jornadas de estudio, en las discusiones acaloradas en los pastos y pasillos, con quienes tuve el agrado de recorrer el camino que hoy concluye con este trabajo. Fruto de preguntas y conversaciones, la tesis de pregrado también se gestó con su ayuda. En particular, agradezco a Julio Vera, Esteban Miranda, Mariana Gaete, Francisco Burdiles y Cristian Rojas por haber sido parte de este proceso investigativo.

A mi familia, sin quienes habría sido imposible concluir esta etapa. A mi papá, por su infinito cuidado y cariño.

Por último, a los pastos universitarios transfigurados, tan distintos y mermados. Lugar de encuentro, reflexión y distensión entre los alumnos de diversas disciplinas.

INTRODUCCIÓN.....	4
El Problema.....	6
Hipótesis:	8
Apuntes teóricos.....	9
¿Qué es hacer ciencia y generar conocimiento?	14
1..... DAME UNA BIBLIOTECA Y ME MOVERÉ EN EL MUNDO.	20
Los primeros años de la Biblioteca Nacional	22
La Universidad como palanca	25
Circulación de objetos bibliográficos.....	27
Una vista a vuelo de pájaro: panorámica global de las redes de intercambio.....	28
Mediadores.....	34
Instituciones	34
Funcionarios.....	38
Barcos.....	40
Arrieros.....	43
Papel	44
2..... EL CENTRO DE CÁLCULO.	46
Reglamento.....	48
Edificio.....	52
La biblioteca como centro.....	55
Catálogos	60
Fondo General y Biblioteca Egaña	62
Disputas en torno a las categorías	65
Conflicto en el funcionamiento.....	69
Lectores.....	70
Funcionarios.....	74
Ramón Briseño	80
3.CONCLUSIONES	

Introducción

En el siguiente trabajo me propongo estudiar cómo la Universidad de Chile insertó a la Biblioteca Nacional (BN, en adelante) en redes globales de circulación de objetos bibliográficos; y de qué manera, dicho fenómeno generó prácticas asociadas al saber bibliotecológico que se terminan institucionalizando al interior de la BN. Gracias al despliegue material llevado a cabo por la Universidad, se logró una sistematicidad en las conexiones que vinculaban a la BN con otras sociedades y centros científicos distribuidos por el territorio. De este modo, y mediante la articulación de redes a lo largo del globo, se establecieron vínculos que permitieron el flujo de objetos bibliográficos hacia la BN que terminaron aumentando el acervo documental al interior del espacio. Fueron las prácticas desarrolladas en torno a los libros las que permitieron la institucionalización del saber bibliográfico.

Así, los límites temporales de la investigación que me propongo desarrollar corresponden a los 27 años que la Universidad de Chile administró la BN. Es decir, desde 1852, fecha en que la Universidad asume el gobierno del espacio bibliotecario, hasta 1879, año en que la tutela de la biblioteca pasa a manos del entonces recién fundado Consejo de Justicia e Instrucción Pública.¹

Pesquisaré la fabricación y los movimientos de los diversos objetos bibliográficos para dar cuenta de mis objetivos, es decir, me centraré en las discusiones sostenidas por el Consejo Universitario registradas en las actas de reuniones publicadas en los Anales de la Universidad de Chile, para identificar de qué manera este cuerpo de funcionarios universitarios dotó de agencia a los objetos bibliográficos. En particular, me propongo dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Por medio de qué mecanismos dicho órgano administrativo insertó a la BN en redes globales de circulación de objetos bibliográficos?

¹ No hay consenso entre las personas que se han dedicado al estudio de la BN en torno a la fecha en que se pone fin a la tutela de la Universidad sobre este espacio bibliotecario. Se disputa si la fecha de término del tutelaje fue en 1879 o en 1886. Para los propósitos de esta investigación, establezco que el ocaso del gobierno universitario sobre la biblioteca ocurre en 1879. En esa fecha se crea el Consejo de Justicia e Instrucción Pública, dicho organismo despojó a la Universidad de su rol como superintendencia de educación e implicó que los funcionarios universitarios pasaran a tener un rol compartido con el ministerio en el ámbito de la tutela de centros dedicados a la actividad científica

¿Cómo, los mismos agentes, discutieron sobre la fabricación y uso de los distintos dispositivos que permitieron gobernar a los impresos al interior del espacio bibliotecario? ¿Cuáles fueron las limitantes que condicionaron estas prácticas? Las disputas ideológicas que se produjeron en las reuniones del Consejo Universitario, dan cuenta tanto de los complejos procedimientos que ocurrieron en torno a la fabricación y uso de los soportes que permitieron administrar los objetos bibliográficos al interior de la BN, como de la inserción de la misma en redes globales de circulación de objetos bibliográficos. Dichas disputas sirven como ejemplos de posibilidades y limitaciones que median en la *generación de conocimiento*.

En este contexto, estudio la revista de los Anales de la Universidad de Chile para dar cuenta de mis objetivos. Fue aquí donde se publicaron las actas de las sesiones que, semana a semana, realizó el Consejo Universitario para discutir sobre diversos asuntos concernientes al quehacer universitario a mediados del siglo XIX.² En dicha revista, Ramón Briseño³ publicó variados artículos sobre el desenvolvimiento de la BN: dio a conocer información sobre el número de lectores que asistía a este espacio, de las obras consultadas, de los idiomas leídos, de los libros, periódicos y folletos comprados, donados e intercambiados, y del número de volúmenes encuadernados al interior del espacio bibliotecario. Además, se publicaron en los Anales informes elaborados por los decanos de las distintas facultades dirigidos al Ministro de Justicia e Instrucción Pública, así como las memorias de los secretarios generales de la Universidad. En ambas cuentas públicas se entregó información sobre el desarrollo y necesidades de la BN.

²Concibo a los Anales de la Universidad de Chile como el soporte que me permite entrar a las disputas en torno al control de los impresos por parte del espacio universitario. La revista oficial de la Universidad de Chile fue el órgano difusor de los movimientos al interior de la BN durante más de treinta años. Según el historiador Rolando Mellafe, los Anales de la Universidad tuvieron como objetivos concentrar la información relativa a la instrucción pública de nuestro país en todos sus niveles, siendo un mecanismo difusor de la gestión gubernativa y universitaria en Chile. Daba cuenta, también, del trabajo científico desarrollados en nuestro país mediante la publicación de los trabajos mejor evaluados por el Consejo universitario; de igual modo, cumplía con el propósito de difundir los asuntos administrativos, en este ítem estaban las actas de las sesiones del Consejo. (Rolando Mellafe. "Historia de la Universidad de Chile". Pag.107)

³ Ramón Briseño puede considerarse el primer bibliógrafo nacional. A lo largo de esta investigación se profundizará en las implicaciones de su labor.

Entenderé a los Anales de la Universidad de Chile como parte de un acervo documental archivístico. En palabras de la socióloga brasileña Ludmila da Silva, el archivo es el espacio que resguarda la producción, organización y conservación de objetos que registran las acciones de organizaciones, individuos y organismos estatales. Un archivo implica un conjunto de acervos y fondos documentales (en su mayoría manuscritos e impresos) resguardados en un espacio físico al alero de agentes que los producen, clasifican conservan y velan por su consulta.

Más allá de los lugares y los acervos, la comprensión del mundo del archivo debe resaltar la acción de agentes especializados e interesados en ellos y las disputas que, por detrás de los papeles, dirimen lo guardable y lo transmisible –en fin, los contornos de la cultura en perspectiva histórica (...) Los objetos no contienen en sí mismos ningún interés *esencial* para su legado a la posteridad a través de archivos, bibliotecas o museos. Los intereses son atribuidos como resultado de ásperas disputas cuyo decisivo poder es sublimado cuando los objetos se estabilizan como “documentos de un acervo”⁴.

Dejo en claro que no busco en esta investigación hacer una monografía de la BN durante los años que estuvo bajo administración universitaria. Tampoco pesquisar indicios que den cuenta del proceso cognitivo que hicieron de la selección e intercambio de información parte de un ideario republicano. No me centraré en el relato ni haré un análisis del discurso que subyace a los soportes que me propongo estudiar. Mi propósito es identificar por medio de qué mecanismos la Universidad insertó a la BN en algunas redes globales de circulación de objetos bibliográficos y dar cuenta de cómo se gobernaron dichos objetos al interior del espacio bibliotecario. De este modo, pesquisaré las prácticas asociadas a la bibliotecología y el rol que jugó la Universidad de Chile en la articulación del fenómeno descrito, dando cuenta de las posibilidades y limitaciones que condicionaron dichos procedimientos.

El problema

El problema que me propongo surge a partir del interés por estudiar la conformación de un catálogo nacional elaborado por Ramón Briseño a mediados del siglo XIX. En dicho soporte se inscribieron los títulos de todos los impresos publicados en Chile entre 1812 y 1859. La estadística dio origen a la tradición de la confección de bibliografías

⁴ Da Silva, Ludmila. “El mundo de los archivos” [en línea] <http://www.corteidh.or.cr/tablas/r29766.pdf> [consulta: agosto 2016]

en nuestro país –la cual se inscribe en un fenómeno latinoamericano propio del siglo XIX⁵. Sin embargo, las fuentes pesquisadas no me permitieron elaborar un panorama sobre la sociología del conocimiento generada a partir de este fenómeno.

El estudio de lo que se llamó “Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Tomo I y II” se constituye acá como una empresa mayor. Sin embargo, y a partir de las reflexiones en torno a este soporte, nace la pregunta sobre aquellos intereses que motivaron al Consejo Universitario -cuerpo administrativo de la Universidad de Chile- a solicitar, en 1859, la confección del catálogo al entonces secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Ramón Briseño. Pienso que, el historiador francés Roger Chartier, da luces sobre este fenómeno cuando escribe que “gracias a la difusión de los catálogos el mundo hermenéutico de las bibliotecas singulares puede transformarse en un universo infinito de libros situables, inventariados, frecuentados, consultados y, eventualmente, prestados⁶.”

Las palabras de Chartier nos invita a pensar en el referente (el usuario) cuando se construyen estos soportes. Así, escribe el autor, el público que consulta estos objetos son imaginados mientras se fabrican los inventarios o catálogos. ¿Quiénes habrán sido el referente imaginado por la Universidad de Chile al momento de fabricar la “Estadística bibliográfica chilena”? ¿Por qué se fabrica un catálogo de todas las publicaciones nacionales en época republicana? La respuesta, pienso, recae en las redes globales de objetos bibliográficos en la que la Universidad de Chile inserta a la BN. El problema, entonces, tiene relación con las características que adquiere nuestro espacio bibliotecario una vez que se ve administrado por una institución universitaria.

⁵Biotti, Ariadna. “La historia por el libro. Circulación y prácticas de *La Araucana*. Santiago de Chile. (1788-1888). [en línea] <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130559/La-historia-por-el-libro.pdf?sequence=1> [consulta: abril 2016]

⁶Chartier, Roger. 1994. “El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en la Europa entre los siglos XIV y XVIII.” Barcelona. Editorial Gedisa. Pg. 76

Hipótesis

La Universidad gobernó la BN y la insertó en una red global de intercambios de objetos bibliográficos. La agencia se encarnó en diversos actores que permitieron el flujo de opúsculos, libros, revistas, periódicos, catálogos, colecciones y manuscritos a través de las redes generadas por la Universidad de Chile. De este modo, se articuló una infraestructura que permitió el flujo de objetos entre los diversos centros de producción científica a escala global. Dicha infraestructura permitió habilitar y generar vínculos estables mediante la comunicación entre los centros distribuidos por el territorio. Así, la biblioteca gobernada por la Universidad vio aumentado su acervo documental de manera continua mediante donaciones, compras e intercambios de objetos bibliográficos que circularon por medio de las redes habilitadas por la institución. De manera sincrónica, al interior del espacio bibliotecario se institucionalizaron prácticas asociadas al saber bibliotecológico. A lo largo de esta investigación daré cuenta de los mecanismos, límites y posibilidades con los que tuvo que lidiar la Universidad para, por un lado, lograr una sistematicidad y continuidad en el aumento del número de los fondos bibliográficos y, por otro, institucionalizar el saber generado en torno a los objetos bibliográficos. Dichos fenómenos involucraron diversos actores que sobrepasaron las paredes de la Biblioteca y los límites de nuestra nación.

En esta investigación se reconocen tres nudos problemáticos que serán abordados como señalo a continuación:

En primer lugar, daré cuenta de la relación que se estableció entre la Universidad de Chile y la BN, mediante el estudio del rol como superintendencia de educación desempeñado por la Universidad. A través de bibliografía especializada y el análisis de las actas del Consejo Universitario, publicadas mensualmente en los Anales de la Universidad de Chile y los informes anuales elaborados por el director de la BN -decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades-, busco identificar el tipo de vínculo que se estableció entre estas dos instituciones y dar cuenta de los debates que se dieron en torno a los límites de dicho gobierno y a la posible autonomía con la que contaba el espacio bibliotecario.

En segundo lugar, describiré el funcionamiento de algunas de las redes que habilitó la Universidad de Chile con otros centros de producción científica, las que posibilitaron el flujo de objetos bibliográficos. A través del análisis de las actas del Consejo Universitario, podré establecer las posibilidades y limitaciones que hicieron posible la articulación de este fenómeno, e identificaré a los actores que permitieron que los objetos bibliográficos circularan hacia la BN. A partir de esto podré responder a la pregunta sobre cómo operaron los distintos elementos que permitieron la habilitación y estabilización de redes globales de circulación bibliográfica en donde existió un flujo de objetos.

Por último, me centraré en la pregunta sobre ¿cómo se institucionalizaron las prácticas bibliográficas durante los años que la Biblioteca estuvo gobernada por la Universidad?, así como ¿qué mecanismos y soportes resultaron necesarios? De este modo, caracterizaré el quehacer científico centrándome en las prácticas que se dieron en torno a los objetos bibliográficos al interior de la BN, mediante el estudio de: 1) los informes anuales sobre el estado y los avances de la biblioteca -redactados por los diversos decanos de la Facultad de Filosofía y Humanidades que cumplieron el rol de directores de este espacio bibliotecario-; 2) los documentos mensualmente escritos por el bibliotecario donde daba cuenta del movimiento de la BN, apuntando, entre otras cosas, información sobre el número de visitantes y 3) las Actas del Consejo Universitario, donde aparecen discusiones sobre las confecciones del reglamento, catálogos e inventarios como también sobre qué impresos se adquieren. Busco pesquisar cómo se desarrollaron los objetos bibliográficos al interior de la BN, centrándome en la relación que se estableció entre ellos (incluyo acá al edificio que los albergó), al igual que con los funcionarios y los visitantes de la BN. De este modo, pretendo indagar en la institucionalización de las prácticas bibliográficas, fenómeno que no estuvo exento de disputas debido a la gran cantidad de actores que implicaba la conservación, el aumento y el uso de los objetos bibliográficos.

Apuntes teóricos

El problema que describo dialoga con diversas tradiciones intelectuales que abordan la temática desde distintas perspectivas. En su mayoría, los espacios bibliotecarios han sido asociados a la idea de la difusión, resguardo y preservación del saber, erigiéndose como

templos del conocimiento hace bastante tiempo -siendo Alejandría (S.III) su paradigma.⁷ En Europa, la creación de la Biblioteca Pública durante los siglos XVII y XVIII está asociada con la construcción del ideario ilustrado, como bien lo ha señalado Roger Chartier. Chartier plantea que, para el caso europeo, el Estado fue quien proporcionó infraestructura para que los individuos pudiesen hacer uso público de la razón⁸. En relación con nuestra realidad latinoamericana y, particularmente, chilena, -escribe Pablo Aravena-, la creación y fomento de la Biblioteca Pública es bastante más reciente. Junto a museos, archivos y escuelas están asociados a la construcción del binomio Estado-Nación (fenómeno propio del siglo XIX) y se señalan como “fundamentales para construir una comunidad a la medida de la institucionalidad republicana proyectada”.⁹

En esta línea, la Historia del Libro ha estudiado a la BN centrándose en el rol que jugó en el proceso de creación de la Nación, perfilándolo como bastión de la ilustración. Sergio Martínez Baeza (quien fuera uno de los intelectuales que mostrara mayor interés en estudiar la biblioteca durante el siglo XX) escribió: “La historia de la Biblioteca Nacional de Chile, fundada en los albores de nuestra vida soberana, se entrelaza e identifica con la propia historia de la nación chilena”¹⁰. Su trabajo puso énfasis en el libro, pero termina este adquiriendo importancia en la medida que se asocia a hombres ilustres: “cuando se afianzan las instituciones y se forja la nacionalidad y la República, también la Biblioteca Nacional se desarrolla y crece bajo la dirección de eminentes ciudadanos”¹¹. Así, el estudio termina centrado, finalmente, en los grandes hombres arquitectos de la razón, situando al libro como parte de la indumentaria que permitió nutrir un ideario ilustrado nacional.

Agrega Bernardo Subercaseaux -siguiendo lo planteado por Roger Chartier- que las prácticas lectoras tuvieron características propias durante el siglo XIX y que, a partir de ciertos códigos compartidos, se perfiló el espacio público de la época: “La educación y el

⁷ Aravena Núñez, Pablo. 2013. “El ayer y hoy de una biblioteca pública”. Revista Mapocho (73) :171

⁸Chartier, Roger. 2000 “Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones”. Barcelona. Editorial Gedisa. Pg. 81.

⁹Aravena Núñez, Pablo. 2013.“El ayer y hoy de una biblioteca pública.” Revista Mapocho (73) :171

¹⁰Martínez Baeza, Sergio. 1982. “El libro en Chile”. Santiago. Editorial Lord Cochrane. Pg. 13.

¹¹Ibíd.

libro fueron sin duda medios fundamentales en la difusión e institucionalización de la cultura liberal republicana”¹². El autor señala que es imposible entender la Historia del Libro o la Historia de la Educación en Chile si no lo vinculamos con algunos de los problemas de la cultura liberal. De este modo, Martínez Baeza y Subercaseaux comparten enfoques que contemplan la idea de imaginarios de la nación y la relación que existe entre la cultura letrada y la creación del Estado Republicano. Más específicamente, ambos coinciden en que la biblioteca se vincula a los ideales liberales propios del siglo XIX.

Me parece relevante, hacer referencia al estudio realizado sobre la Biblioteca del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. Dicho trabajo -gestado colectivamente- propone una manera distinta de entender este espacio, asociándolo a la tríada “educación, libro e imprenta”¹³. Me parece una forma interesante de pensar a la biblioteca en estos años, sobre todo por inclusión de la imprenta a esta discusión.

En este debate también participa Sol Serrano, quien, en “La Historia de la Educación en Chile”, describe la articulación del sistema de enseñanza en nuestro país. Si bien lo asocia a la República Conservadora, poco nos habla del funcionamiento de la BN durante el siglo XIX. La atención generalmente ha estado puesta sobre la escuela, sobre la Universidad o sobre el Estado, pero no sobre el espacio que logra almacenar y dotar de libros a una comunidad. Se asume que es un deber de la República contar con una biblioteca, pero no se abordan las problemáticas que conlleva el funcionamiento de esta institución. De este modo, por ejemplo, se entiende que una biblioteca está diseñada para ser consultada, pero no hay estudios para el caso chileno que nos den luces sobre los lectores de este espacio. Si bien me propongo en este trabajo abordar algunas de las regulaciones que impuso la BN a este grupo humano, planteo además la importancia de investigar a los sujetos que recorrieron y utilizaron los salones del espacio bibliotecario.

El fenómeno que estudio abarca los años en que la BN estuvo bajo la tutela de la Universidad de Chile. Es decir, desde que el espacio dejó de depender directamente del

¹²Subercaseaux, Bernardo. 2010. “Historia del libro en Chile”. Santiago. Lom. Pg. 54

¹³ Araya, Alejandra; Biotti, Ariana y Prado, Juan Guillermo. “La biblioteca del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. Matriz cultural de la República de las letras. 1813-1929”. Santiago. Ediciones Archivo Andrés Bello

Gobierno en 1852 (año en que fallece el director del establecimiento, Francisco García Huidobro) hasta la creación del Consejo de Justicia e Instrucción Pública en el año 1879 (órgano que se encargó de su administración hasta la fundación de la Dibam en 1929). De este modo, establezco que tanto las adquisiciones de los objetos bibliográficos como los soportes que mediaron en la administración, orden y consulta de los distintos objetos estuvieron condicionados por la nueva administración. El Consejo Universitario jugó un rol fundamental en la dirección de este establecimiento y las decisiones en torno al espacio fueron discutidas en las sesiones que, cada sábado, realizó el órgano administrativo. Dichas reuniones sirvieron para articular diversas pautas que se aplicaron a distintas ramas de la educación y la ciencia, como lo fueron las escuelas primarias a lo largo del territorio, el Museo de Bellas Artes y el Observatorio Nacional, entre otras.¹⁴

Sol Serrano, en relación con la fundación de la Universidad de Chile, escribe:

La fundación de la Universidad de Chile en 1842 como superintendencia de educación y academia científica, era el organismo superior que ligaba los distintos niveles de la educación pública. El rol de superintendencia, la función que nos preocupa, residía en el Consejo Universitario, formado por su rector, Andrés Bello, y los decanos de las cinco facultades.¹⁵

El tema que me propongo estudiar en esta investigación, se encuentra atravesado por distintas corrientes como la Historia de la Educación, la del Libro y la Bibliografía Histórica. El cruce de tradiciones historiográficas posibles de ser vinculadas a este proceso da cuenta de la densidad del problema que pretendo investigar. Sin duda, todas estas vertientes han generado diversas preguntas sobre los objetos que pretendo analizar, generando reflexiones sobre los soportes y espacios asociados a esta área del conocimiento.

Adscribo a la tesis de Ariadna Biotti cuando dice que la Historia del Libro, se inaugura en 1958 con la publicación de la obra “La aparición del Libro”, de Henri-Jean Martin y Lucien Febvre¹⁶, la cual comprende al libro como la manera más acabada en que

¹⁴ La Universidad en la época que me propongo estudiar desempeñaba un rol diferente al actual. La discusión entre Universidad como Academia Científica o como Universidad Docente ha sido abordada por Sol Serrano en “Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria.

¹⁵ Serrano, Sol. 1994. “Universidad y nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria. Pg. 88.

¹⁶ Martin, Henri-Jean y Febvre, Lucien. 2005. “La aparición del libro”. Buenos Aires. Editorial Librería.

el mensaje escrito se ha presentado en la sociedad¹⁷; asimismo, piensa al soporte como algo que muta, dejando de lado las antiguas concepciones de que éste representaba una idea fija anclada en el papel. La bibliografía histórica, por otro lado, reformuló a su misma disciplina, siendo ésta por años encargada de describir a los textos, concibiendo su estudio como ciencia auxiliar. Así, la tradición iniciada por Mackenzie comprende a los textos como formas registradas en un sentido amplio -no reduciéndolas al manuscrito o al papel de Greg- centrándose también, en los procesos de transmisión, producción y recepción. “Si el medio siempre repercute sobre el mensaje, la bibliografía no puede excluir de sus propios fines la relación entre forma, función y significado simbólico.”¹⁸ Por último, la Historia de la Educación, para el caso chileno, ha estudiado a la Biblioteca como parte inherente a la creación del Estado republicano¹⁹.

Difícilmente podría desentenderme de los aportes que estas corrientes historiográficas hacen al campo que estudio a lo largo de este trabajo. Pienso, no obstante, que estos enfoques han centrado su atención en la cultura letrada, dejando fuera a varios actores que dan vida al libro y permiten su lectura. La elite letrada vecindada en Santiago de Chile a mediados del siglo XIX, no fue el único agente involucrado en este proceso, como tampoco las decenas de personas que a diario concurrían a la BN. Del mismo modo, considero que los intelectuales que trabajaron como funcionarios universitarios no están solos en la articulación de este fenómeno. No adscribo a las perspectivas teleológicas cuyo centro tiene al Estado como garante de la dimensión racional de la actividad científica.

Utilizo los postulados de lo que se ha catalogado como Historia de las Ciencias para abordar mi trabajo. Me centraré en el flujo de objetos bibliográficos que circularon por medio de la habilitación de redes globales y, en las prácticas científicas que se dieron en torno a los mismos dentro del espacio bibliotecario. De este modo, busco dar cuenta de que el fenómeno científico estuvo lejos de tener como centro gravitacional a la elite letrada nacional decimonónica, participando en él un sinnúmero de actores a escala global que hicieron

¹⁷ Biotti, Ariadna. “La Historia por el libro. Circulación y prácticas de *La Araucana*. Santiago de Chile. (1788-1888).

¹⁸ Mackenzie, D.F. 2005. “Bibliografía y sociología de los textos”. Madrid. Akal ediciones. Pg. 28

¹⁹ Serrano, Sol. 1994. “Universidad y nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria.

posible el aumento sistemático de textos al interior de la BN. Del mismo modo, justifico mi investigación en la medida que adscribo a los postulados que señalan que existe una estrecha relación entre la ciencia y sus medios de producción. Dichos elementos nos dan luces sobre las prácticas humanas, pero también a cómo se adapta y se aplica el saber científico y la tecnología.²⁰

¿Qué es hacer ciencia y generar conocimiento?

En Chile los estudios sobre la ciencia y el conocimiento han sido abordados desde visiones que plantean estructuras cognoscitivas, es decir: centrados en las ideas. Esto ha favorecido el situar a ‘grandes científicos’ como sujetos aislados, creadores de la ciencia y portadores de la razón. Sin embargo, para los propósitos de este trabajo, entenderé a la ciencia –citando a Carlos Sanhueza- “en tanto prácticas colectivas, procesos en los cuales son inherentes ciertos factores sociales amplios y complejos [...]”, lo que me permitiría ver “los engranajes sociales a través del cual el conocimiento se produce”²¹. Así, mi propósito es situarme desde una perspectiva teórica que me permita observar la complejidad del *hacer-ciencia y generar conocimiento*.

Para entender el fenómeno científico utilizaré los conceptos elaborados por sociólogos de las ciencias: Knorr Cetina y Bruno Latour y por los historiadores de la misma disciplina Mauricio Nieto y Carlos Sanhueza. Los autores le dan énfasis a la red que hace posible la circulación de información sobre hechos científicos. El hecho científico será entendido acá, no como una disputa de teorías y personajes insignes, sino como un proceso de generación de conocimiento mediante la inserción en redes que involucran a diversos actores. “No hay una parte externa de la ciencia, pero hay largas y estrechas redes que hacen posible la circulación de los hechos científicos”²².

²⁰ Sanhueza, Carlos. “Objetos naturales en movimiento. Acerca de la formación de las colecciones del Museo Nacional de Chile” [en línea]
https://www.academia.edu/30766676/OBJETOS_NATURALES_EN_MOVIMIENTO [consultado: noviembre 2016]

²¹ Sanhueza, Carlos. 2014. “Geografía en Acción. Práctica disciplinaria de Hans Steffen en Chile (1889-1913)” Santiago. Editorial Universitaria. Pg.18

²² *Ibíd.* Pg. 20

Acerca del carácter situado del conocimiento, Knorr Cetina establece que “las selecciones de los procesos de investigación reflejan interpretaciones que son cristalizaciones que rigen un espacio de contingencia local”²³. Las idiosincrasias locales determinan directamente lo que ocurre al interior de estos centros de investigación y viceversa. Los productos de la ciencia llevan las marcas de la contingencia situacional y la estructura de intereses del proceso que los genera “no pueden ser comprendidos adecuadamente sin un análisis de su construcción”.²⁴

Siguiendo esta línea, no concibo a la Biblioteca y a la Universidad como espacios aislados donde se discute a puertas cerradas el quehacer científico, o como lugares en donde se resguarda el saber. Estos son producto de sus posibilidades de existencia y están condicionados por su construcción: “Esta distinción entre factores internos y externos en la descripción de la actividad científica termina distorsionando el verdadero carácter social e histórico de la ciencia, para así, una vez más, reforzar la imagen idealizada del conocimiento científico”.²⁵ La BN, dentro del fenómeno que estudio, no se entiende sin su vínculo con la Universidad de Chile y sin los actores que hacen posible su inserción en redes globales de circulación de textos, las que permitieron un devenir de flujo de objetos bibliográficos hacia el centro y desde allí burocratizar el conocimiento construido en torno a estos.

Los científicos actúan en una dimensión global, como también al interior de marcos institucionales (universidades, museos, etc.); con los gobiernos; con grupos económicos y políticos a fin de obtener diferentes tipos de recursos. Lo anterior implica que, inevitablemente, estos deban negociar, definir y elegir cuestiones concernientes a su trabajo que atañen al ámbito material, instrumental, de personal, epistemológico, en un terreno que incluye valoraciones y juicios que trascienden al investigador mismo.²⁶

²³Knorr Cetina, Karin. 2005. “La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes Editorial.

²⁴Ibíd. Pg. 21.

²⁵ Nieto, Mauricio. “Poder y conocimiento. Nuevas tendencias en historiografía de las ciencias” [en línea] Pg.9

²⁶ Sanhueza, Carlos. 2014. “Geografía en Acción. Práctica disciplinaria de Hans Steffen en Chile (1889-1913)” Santiago. Editorial Universitaria. Pg. 17

Para los propósitos de esta investigación, me parece importante definir qué voy a entender por institución. Partiré de la premisa de que en ella se gobiernan un conjunto de recursos, personas y objetos a los que la institución les entrega movilidad, conformando en el interior de estos espacios un ir y venir de diferentes agencias²⁷. Según Max Weber, el conocimiento circula y se genera en la institución a través de un proceso de mediación de reglas y prácticas propias del sistema burocrático: “la administración burocrática significa: dominación gracias al saber. Este representa su carácter racional fundamental y específico²⁸”. Siguiendo lo planteado por Max Weber, formulo las siguientes interrogantes: ¿Cómo se generó el saber que permitió gobernar y trasladar a los textos por medio de redes globales de circulación de objetos bibliográficos? ¿De qué manera interactuaron los diferentes actores y objetos en este proceso? ¿Cuáles fueron las reglas y prácticas que suscitó la burocratización del conocimiento bibliográfico al interior de la BN? ¿Qué instrumentos resultaron necesarios? En definitiva, ¿cómo la agencia encarnada por diversos elementos permitió generar un flujo de objetos bibliográficos e institucionalizar las prácticas y el conocimiento científico que se generó en torno a los mismos?

El Estado –en este trabajo - se perfila como un sistema burocrático que tiene capacidades de agencia sobre diversos elementos, haciéndolos actuar en pos de su beneficio. Los mecanismos desplegados por parte del aparato burocrático para agenciar elementos dotan a las instituciones de infraestructura necesaria para gobernar. Sigo lo planteado por Patrick Joyce -en relación con su estudio del funcionamiento del imperio británico sobre la India- para afirmar que el poder muta a través de la infraestructura: esta es la que permite que el flujo de los distintos actores por medio de las redes ocurra de manera continua. La pregunta es: “How agency is mobilised and performed by a vast array of human and no-human?²⁹. El autor establece que esto ocurre mediante procesos

²⁸ Weber, Max. “Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva” [en línea] <https://sociologia1unpsjb.files.wordpress.com/2008/03/weber-economia-y-sociedad.pdf>. [consultado: diciembre 2015] Pg. 22.

²⁹Joyce, Patrick and Bennett Tony. 2010. “Material Powers: Introduction”. In: “Material Powers. Cultural studies. History and the material turn.” New York. Routledge.

materiales regulados por el saber y las prácticas. Las conexiones o canales permanentes dan cuenta de la efectividad del gobierno.

‘Connectivity’ therefore, can be understood in terms of the new importance of securing the free flow of information in and through the means of a ‘system’. ‘Systematicity’ and ‘connectivity’ were and are central to infrastructure of all sorts, and they also have a particular relation to liberal governance, one I have elaborated upon previously in terms of the history of the city³⁰.

Agrega el autor que ha existido por parte de la literatura histórica un marcado interés por las redes, los flujos y las conexiones que dieron vida a los imperios y colonias. No obstante, aquellas cuestiones gravitantes sobre cómo los flujos y las disposiciones se coordinan y cómo las conexiones se estabilizan en el espacio y el tiempo continúan siendo opacas. El sistema burocrático se perfila acá como un entramado que posibilita la ingeniería de distintas capacidades y posibilidades para agenciar cosas y procesos materiales, los que permiten la articulación de la infraestructura necesaria para gobernar.

Siguiendo lo planteado por Latour, entenderé a la Universidad de Chile en su relación con la BN, en tanto centro de cálculo que actúa como un nudo dentro de una red más amplia, “donde no circulan ni signos ni materias, sino materias convirtiéndose en signos”. A partir de la movilidad de información se generan ecuaciones en los *centros de cálculos* que permiten dar cohesión a los diferentes elementos que llegan a su interior³¹. Es importante señalar, tal como establece Latour, que no se debe separar esta operación del resto de la red, ya que en ella se construyen *centros dentro de los centros*. En este sentido, planteo que la relación que se dio entre estas instituciones estuvo mediada por reglas y prácticas que configuraron un espacio burocrático. El espacio burocrático operó como un

³⁰ Joyce, Patrick. 2010. “Filing the Raj: political technologies of the Imperial British state”. In: “Material Powers. Cultural studies. History and the material turn.” New York. Routledge. Pg. 106

³¹Para entender mejor este fenómeno es necesario dar cuenta del proceso que permite acumular información en los centros de cálculos: “¿cómo se puede conseguir eso teniendo en cuenta que están alejados de nosotros? Inventando medios a) que los hagan móviles, de forma que puedan ser transportados; b) que los mantengan estables, para que llevarse y traerse sin que se deformen, corrompan o deterioren; y c) que sean combinables para que, independientemente del material con que estén hechos, puedan ser almacenados, agregados o barajados como naipes.” Ver: Latour, Bruno. 1992. “Ciencia en acción. Como seguir a los científicos.” Barcelona, Editorial Labor.

centro compilador de actores humanos y no-humanos que permitió negociar transacciones con otros centros repartidos por el globo. Del mismo modo, el centro de cálculo entregó cohesión a sus indicios, los gobernó mediante diversos mecanismos contruidos según las condiciones materiales propias del espacio y a partir del conocimiento que se generó en torno a los textos. Los objetos bibliográficos que permitieron el gobierno de los impresos son ejemplos de *centros dentro de los centros*. Mediante su estudio es posible aproximarse al saber articulado al *interior* de este espacio.

La generación de conocimiento se produjo gracias a la interacción de actores con distintos intereses, cuyo articulación e interacción conformó una red posible de ser estudiada, generando un proceso de acumulación de información: “Lo que se llama conocimiento –en palabras de Bruno Latour- no puede definirse sin comprender antes lo que significa *adquirir* conocimiento”³². Pienso que no es posible el estudio de la institucionalización de prácticas científicas al interior de la BN, sin la previa identificación de los elementos que permitieron que la Universidad de Chile insertara a la BN en redes globales de circulación de los objetos bibliográficos, y sin describir los elementos que permitieron la estabilización de vínculos que dieron vida al intercambio que dotó de libros al espacio.

El estudio del proceso de formación y uso de los archivos, las bibliotecas y de las colecciones en general, esas “redes que la razón ignora” al decir de Bruno Latour, nos señala un punto de entrada para indagar en la relación entre actores, instituciones, recursos materiales y procesos de generación de conocimiento a partir de la acumulación, clasificación y uso de la información en el largo plazo.³³

Fue al interior de la red y en torno a los objetos bibliográficos donde se desarrollaron las prácticas asociadas a la bibliografía. Sobre este ámbito, escribe Ariadna Biotti:

³²Latour, Bruno. 1992 “Ciencia en acción. Como seguir a los científicos.”. Barcelona. Editorial Labor. Pg. 210.

³³Herntant, Emilie y Latour, Bruno. Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones. Pag. 168 [en línea] <<http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/downloads/64-JACOB-BIBAL-ESPAGNOL.pdf>> [consultado: 15 junio 2015]

Debemos, en todos los sentidos expresados, comprender la bibliografía como la técnica de compilar sistemáticamente listas descriptivas de materiales escritos y publicados, cuya finalidad era permitir la identificación de escritos específicos y facilitar diversos tipos de información sobre los mismos. Su labor consistió y consiste hasta ahora, en hacer el máximo aporte a aquellos campos en que pueda ser de mayor utilidad, de manera tal, que puedan ser accesibles sin pérdida de tiempo, y en su totalidad. Por ello se trata de una disciplina que puede comprenderse como derrotero de los anales del saber, de la investigación y la cultura en un momento específico.³⁴

De este modo, planteo que una vez identificada algunas de las redes que permitieron que los objetos bibliográficos entraran a la BN, podré observar cómo se institucionalizó el saber en torno a los impresos, lo que permitió sistematizar las prácticas al interior del espacio. Esto da cuenta de que el conocimiento es parte de un oficio que se inscribe en la acción. “La pregunta acerca de cómo se produce y se reproduce el conocimiento -escribe Knorr Cetina- no es nada más (y nada menos) que la pregunta por una teoría de esas prácticas”.³⁵ El estudio de las prácticas nos da luces sobre cómo se lleva a cabo el trabajo científico; nos ayuda a entender el lugar dónde se genera el conocimiento, para llegar a la conclusión de que la información no solo atañe a la producción y lectura de los textos, sino que imbrican a diversos elementos y se desarrolla en diversos espacios, estando lejos de circunscribirse a los muros de una universidad o biblioteca. “La ciencia es hoy más cercana a una actividad que circula en el espacio. Unos agentes y una actividad antes considerados menores resultan ahora de gran interés. En realidad, toda la actividad científica tiende a ser vista hoy como una actividad que se comunica y se desplaza”.³⁶

Por último, he de aclarar que hablo de objetos bibliográficos y no de textos -a pesar de que este concepto ha sido resignificado y ya no sólo remite a los impresos³⁷- ya que para los propósitos de esta investigación incluyo también a las colecciones, bibliotecas

³⁴Biotti, Ariadna. “La historia por el libro. Circulación y prácticas de *La Araucana*. Santiago de Chile. (1788-1888). [en línea] <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/130559/La-historia-por-el-libro.pdf?sequence=1> [consulta: abril 2016] Pag.50.

³⁵ Knorr Cetina, Karin. 2005. “La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes Editorial. Pg. 103.

³⁶ Pimentel, Juan. ¿Qué es la historia social de las ciencias? [en línea] <<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/809/816>> [consultado: diciembre 2015] Pag.420

³⁷ Mackenzie, D.F. 2005. “Bibliografía y sociología de los textos” Madrid. Akal ediciones.

particulares, libros, manuscritos, reglamentos, catálogos, estantes y salones. Sigo lo planteado por Irina Podgorny cuando señala que “una de las preguntas de la historia de la ciencia contemporánea es cómo esas libretas, esos objetos, instrumentos, laboratorios, museos, estanterías, gabinetes, intervinieron en la definición de una determinada manera de pensar la naturaleza y la historia”.³⁸

1. Dame una biblioteca y me moveré en el mundo

La construcción del Estado Nación en América Latina durante el siglo XIX tuvo tintes diversos para cada país. En esta mixtura continental, Chile se perfiló como uno de los pocos territorios en donde la transición a la república se coronó, tempranamente, como una empresa exitosa.

Desde mediados de la década de 1840 el Estado chileno experimenta un despliegue, una expansión. En materia económica este fenómeno se caracteriza por el aumento y diversificación de la inversión fiscal en áreas ajenas a la defensa, y en lo concerniente a la administración, por la expansión territorial de la acción estatal y desarrollo institucional³⁹

Es en este contexto donde se inserta mi investigación. El aumento del dinero destinado para el gasto público permitió -como bien lo ha señalado Elvira López- la inversión en diversos ámbitos del contexto nacional. El despliegue estatal se articuló y afianzó a lo largo del territorio mediante distintos dispositivos. La escuela pública y la Universidad fueron fundamentales en este proceso.

Fundada en 1842, la Universidad de Chile -escribe Sol Serrano- se definió como academia científica y como superintendencia de educación. Coincidió con el proceso de transformaciones que vivieron las universidades en el siglo XIX, alejándose de la iglesia y respondiendo a las necesidades del Estado. Las instituciones secularizadas ya no solo buscaron conservar el saber, sino que, más bien, quisieron crearlo. Se formaron burocracias

³⁸ Podgorny, Irina. 2013. “Revista electrónica de fuentes y archivos. Los Archivos de la ciencia: prácticas científicas, cultura material y organización del saber”. Centro de Estudios Históricos (4): 20

³⁹ López Taverne, Elvira. 2014. “El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia. (1817-1860)”. Santiago. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Pg. 27

especializadas que ligaron el conocimiento a la economía mediante la ciencia aplicada: “El saber pasó a ser un elemento esencial de la riqueza de los Estados”.⁴⁰

De este modo, con la fundación de la Universidad de Chile se creó un aparato que, buscando una diferenciación con la institucionalidad colonial (encarnada en la Real Universidad de San Felipe), contó con funcionarios que dieron vida a la nueva realidad estatal. El Consejo Universitario fue fundamental en este proceso, en él se encarnó la agencia que administró el aparato universitario. Contó con la presencia del Rector, el Secretario General de la Universidad y los decanos de las cinco facultades. Fue el órgano donde residieron las funciones de la superintendencia y el que veló por la administración universitaria. Los límites de acción del citado cuerpo han sido estudiados por Sol Serrano. La autora plantea que:

El CU no tenía poder resolutivo salvo en materias menores de orden interno y todos sus acuerdos eran proposiciones que debían ser ratificadas por el Presidente de la Republica a través del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública que ejercía como vicepatrono de la institución. Tampoco tenía injerencia alguna en el presupuesto, salvo a las entradas correspondientes por concepto de otorgación de grados que formaba parte de sus propios fondos.⁴¹

En el proceso de articulación de redes globales de circulación de objetos bibliográficos, el consejo sólo subvencionó los costos de envío. De alguna manera, el presupuesto con el que contó para esta operación no fue una limitante, pues junto con las compras de impresos a centros de distribución de objetos científicos repartidos en el exterior, los objetos bibliográficos circularon mediante canjes y donaciones. Por medio de las redes habilitadas por la Universidad, circularon opúsculos, folletos, revistas, obras, catálogos, periódicos, diversas ediciones de un texto, además de personas, información y dinero para la compra de material bibliográfico de interés para nuestro espacio. “En la creación de esta nueva institucionalidad -escribe Serrano- la vinculación con los centros científicos internacionales a través de la contratación de profesores extranjeros, la

⁴⁰ Serrano, Sol. 1994. “Universidad y nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria. Pg. 71

⁴¹ *Ibíd.* Pg. 70

adquisición de instrumentos y la creación de redes bibliográficas fueron de la mayor importancia”.⁴²

La comunicación entre la BN y otros centros extranjeros se produjo inicialmente -de manera poco sistemática- por vía diplomática mediante el Consulado. Sin embargo, la Universidad de Chile pasó a establecer vínculos directos con diplomáticos en el extranjero pocos años después de su fundación. En 1850, por ejemplo, ésta ya establecía correspondencia con el Cónsul de Chile en París de manera directa.

La Universidad, que Bello identificó con academia (...) debía propagar el saber en dos dimensiones, una horizontal y otra vertical. Era, por una parte, el centro de comunicación con la comunidad científica internacional, partícipe de la producción universal del saber y, por otra, el centro desde el cual se difundía el conocimiento hacia otras clases de la sociedad. Este concepto es fundamental para comprender la organización institucional que ligaba la academia con la superintendencia⁴³.

Los primeros años de la Biblioteca Nacional

La BN de Chile ha sido poco estudiada por la historiografía nacional, y solo se cuenta con trabajos que abordan su historia de manera parcial. El estudio en torno a sus fondos y colecciones se presenta como un campo prácticamente virgen y, a la vez, apasionante, pues sólo conociendo cómo y en qué circunstancias la biblioteca vio aumentando su acervo documental, podremos empezar a conocer el panorama científico en que se desarrolló esta institución ⁴⁴

Fundada en 1814, contó con cerca de 8000 libros que habían pertenecido al Colegio Máximo de San Miguel de los Jesuitas (que luego de su expulsión en 1767, pasaron a ser parte de la Real Universidad de San Felipe). Formaron parte de esta cifra los libros que donados mediante el llamado a la suscripción patriótica hecho por Juan Egaña, Antonio Pérez y Agustín Eyzaguirre, miembros de la junta administrativa. Se suman los libros que dio el Tribunal Minería. De manera paralela a la conformación de este primer fondo

⁴²Ibíd. Pg. 113

⁴³ Ibíd. Pg. 43

⁴⁴ SANTOS Anamburo , Ana y Torres Santo Domingo Marta. 2004 “La biblioteca histórica de la universidad de complutense: una primera aproximación a sus procedencias” En: CATEDRA, Pedro y LOPEZ, María Luisa. “La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América. Tomo II.” Instituto de historia del libro y de la lectura. Biblioteca universidad de complutense Pg. 266

bibliográfico, se crea un segundo gracias a la compra que hizo el gobierno de la biblioteca particular de Mariano Egaña en el año 1846. Dicha biblioteca no sólo contaba textos, sino que también con los bustos de Sócrates, Demóstenes, Cicerón, Homero, Virgilio, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Napoleón el grande⁴⁵. Los cerca de ocho mil volúmenes pertenecientes a Egaña, no fueron ordenados en estantes ni catalogados, como tampoco puestos a disposición de los lectores hasta el año 1854 -fecha en que el espacio ya estaba bajo la tutela universitaria.

La BN comenzó a funcionar en los salones de la Real Universidad de San Felipe, ubicados en el terreno que hoy ocupa el Teatro Municipal de Santiago. En 1823 los libros fueron trasladados al edificio de la ex Real Aduana, ubicado en el cruce de las calles Bandera y Compañía, donde hoy se ubica el Museo de Arte Precolombino. En 1842 la biblioteca se traslada a un edificio administrativo, emplazado en los actuales jardines del ex Congreso Nacional, entre las calles Bandera y Catedral. La falta de un espacio construido exclusivamente para los fines de una biblioteca se observa en las discusiones del consejo.

Por último, me parece importante señalar que la Biblioteca antes de estar bajo la tutela de la Universidad de Chile, fue dirigida por Manuel de Salas y Francisco García-Huidobro. A este último se le atribuye el primer reglamento efectivo del espacio (la biblioteca se convierte en un lugar de uso público recién en 1834) y la primera catalogación de las obras⁴⁶. Bajo su dirección se compró la biblioteca de Mariano Egaña y se fundó la oficina del Depósito Legal. Dicha oficina funcionó al interior de la biblioteca con el fin de recibir todas las publicaciones hechas en Chile, debiendo ser remitidas para el cumplimiento de la Ley de Imprenta dictada en 1834. Redactada ese mismo año, la Ley de Propiedad literaria establecía que aquellos sujetos que quisieran conservar los derechos de sus obras, debían remitir cinco copias de sus publicaciones al espacio. Dichas normativas fueron escasamente respetadas.

Con la muerte de García-Huidobro en el año 1852, se interrumpen los 40 años que la Biblioteca estuvo bajo la dirección del Gobierno. La sucesión del cargo de director del

⁴⁵ BRISEÑO. 1875. "Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional". En: "Anales de la Universidad de Chile. Pg. 454.

⁴⁶Ibíd. Pg. 460.

establecimiento fue conferida al decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Ventura Blanco Encalada, en mayo de ese mismo año (función anexa que vino a hacerse permanente pocos meses después) y que perduró hasta 1879⁴⁷.

Con el cambio administrativo, las decisiones sobre la Biblioteca Nacional ya no se reducían a la jerarquía interna del establecimiento. A partir de la década de 1850, además del director y de los funcionarios del Gobierno, formó parte de estas instancias el rector de la Universidad de Chile, junto al Consejo ya mencionado. La participación de los nuevos involucrados en el funcionamiento de la Biblioteca abarcaba un amplio margen de acción, pasando desde los decretos más significativos hasta las disposiciones más cotidianas de la institución, como se evidencia en el oficio firmado por Andrés Bello en agosto de 1864, mediante el cual se aprobaba la licencia de uno de los funcionarios de la Biblioteca. La administración del establecimiento pasó entonces a depender de diversas entidades, perdiendo parcialmente el grado de autonomía que había adquirido durante la primera mitad del siglo XIX⁴⁸.

Por último, en 1850 la Oficina de Estadística de Chile elabora un repertorio nacional donde publica el catálogo de las obras que hacia 1850 pertenecían al espacio bibliotecario. De este modo, es posible afirmar que, al momento que la Universidad asumió la dirección del espacio, la Biblioteca contaba con los siguientes tipos de impresos⁴⁹. Además, señalo que la división por materias aún no estaba condicionada por las facultades de la Universidad:

⁴⁷Martínez Baeza, Sergio. 1984. "El libro en Chile". Santiago. Editorial Lord Cochrane. Pg. 169

⁴⁸ Leiva Infante, Francisca y Hernández Toledo, Sebastián. 2013. "Historia mínima de la Biblioteca Nacional. (1813-2013)" Revista Mapocho (73). Pg. 115

⁴⁹ En el estudio realizado por Guillermo Feliú Cruz se escribe que la forma externa de los impresos u obras se comprendían de la siguiente manera: **obra o impreso** un escrito más o menos voluminosos que llegara a formar un tomo regular que extiende las dimensiones de un folleto. **Cuaderno:** conjunto de papel cocido o encuadernados en forma de libro. **Libro:** conjunto de papel cocido o encuadernados mayor que el cuaderno. **Tomo o volumen:** cada uno de los libros en que los autores dividen sus obras. **Opúsculo:** es un escrito corto que puede comprender varias materias. **Folleto:** es un papel impreso de pocas hojas que, sin ser periódico, se hace publicar para dar a conocer a ciertas noticias. **Periódicos:** se designan las obras que se publican por períodos de tiempo correlativamente determinados. En: Feliú Cruz, Guillermo. 1966. "Ramón Briseño. Vida y obra del primer bibliógrafo chileno. 1814-1910. Santiago. Universidad Católica"

Materia	Número de impresos	Materia	Numero de impresos
Matemática	324	Derecho Civil	551
Química	330	Derecho público, natural i de jentes	207
Botánica	147	Economía Política	199
Mineralojia	147	Política	369
Industria, Artes y Comercio	327	Filosofía y Física	757
Agricultura	165	Retorica	185
Marina	120	Literatura critica y erudición	2022
Guerra	120	Clásicos	645
Historia Natural	560	Historia Civil	1692
Medicina y Cirujia	746	Biografía	552
Biblia, Padres de la Iglesia, Expositores	732	Jeografía y descripciones	365
Teolojia dogmática	1004	Poesia	720
Teolojia Moral	586	Lenguas	407
Derecho Canónico	636	Viajes	555
Historia Eclesiástica	551	Ascéticos y predicables	1592
Liturgia	105	Misceláneas y variedades	1270
Periódicos y obras publicadas en el país	494	No clasificados	794
Manuscritos	81	TOTAL:	21025

La Universidad como palanca

Asumo para los propósitos de esta investigación que la Universidad de Chile, una vez que recibe la tutela del espacio bibliotecario, lo inserta en redes globales de circulación

de objetos bibliográficos. Postulo como señalé más arriba, que la historia de la BN ha sido estudiada, principalmente, en función de la creación del Estado y del ideario ilustrado. Bernardo Subercaseaux⁵⁰ y Sergio Martínez Baeza⁵¹ abordan la problemática desde esta perspectiva y escriben sobre cómo esta institución sirvió para forjar la nación. Se agrega, además, en palabras de Francisca Leiva y Sebastián Hernández en su “Historia Mínima de la Biblioteca Nacional”, que en su fundación: “El primer aspecto que resalta de esta primera expresión pública es la denominación del establecimiento como un espacio de carácter ‘nacional’⁵², agregando que “el lugar que se destinó para la conservación de libros y documentos dejó de ser un espacio reservado para quienes pertenecían a la institución educacional”⁵³.

Sin embargo, pocos son los estudios que se han preocupado por estudiar a la BN durante los años que estuvo bajo la tutela del espacio Universitario. Treinta y ocho años después de su fundación, la biblioteca deja de depender del Ministerio del Interior para pasar a estar en manos de la Universidad de Chile. Dicho cambio constituye un fenómeno propio de la construcción del Estado. Elvira López, señala que “Esta movilidad, que podría achacarse al caos, falta de experiencia o ‘anarquía’ administrativa, evidencia que la organización de cada departamento fue evolucionando a través del tiempo, que las reacomodaciones y ensayos fueron constantes, lo que al final revela una dinámica propia del proceso que investigamos”.⁵⁴

Una vez que la dirección del espacio bibliotecario es replanteada por las autoridades (a partir de la muerte de su director, Francisco García-Huidobro, y no habiendo ningún otro sucesor), se establece como cargo anexo al decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades la dirección del espacio, generando el vínculo entre la Universidad y la BN. En él se articularon diferentes actores que hicieron posible la inserción y creación de

⁵⁰Subercaseaux, Bernardo. 2010. “La Historia del Libro en Chile”. Santiago. Lom

⁵¹Martínez Baeza, Sergio. 1984. “El libro en Chile”. Santiago. Editorial Lord Cochrane

⁵² Leiva Infante, Francisca y Hernández Toledo, Sebastián. 2013. “Historia mínima de la Biblioteca Nacional. (1813-2013)” Revista Mapocho (73).

⁵³Ibíd. Pg. 106

⁵⁴ López Taverne, Elvira. 2014. “El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia. (1817-1860)”. Santiago. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Pg. 31

circuitos comunicacionales entre el centro bibliotecario y otros puntos de producción y distribución de textos. La articulación de estos diversos centros mediante una infraestructura, permitió la conformación de una red global de circulación de objetos bibliográficos. Me parece importante dejar en claro que en aquella época funcionaron tres bibliotecas vinculadas a la Universidad de Chile, a saber, la Nacional, el Gabinete Universitario (creada en 1852) y la del Instituto Nacional (fundada en 1813).

Circulación de objetos bibliográficos

El vínculo entre los diversos centros de producción y distribución de textos a escala global y la Universidad permitió que aumentara el acervo documental al interior de la BN. Describiré la red bibliográfica antes señalada, identificando las posibilidades y limitaciones que hicieron posible el flujo de objetos bibliográficos, para luego dar cuenta del proceso de articulación entre los distintos mediadores que permitieron el flujo de los impresos. En particular, busco dar respuesta a la pregunta por cómo operaron los diferentes actantes que permitieron la habilitación y estabilización de redes globales de circulación bibliográfica.

Fueron los vínculos entre la Universidad de Chile con academias, institutos y museos ubicados en Europa, Estados Unidos y, posteriormente, América Latina, los que permitieron dotar de publicaciones a la BN. Dichos centros se articularon a través de una red global de circulación de objetos bibliográficos condicionada por múltiples factores los cuales no estuvieron exentos de problemáticas. Para iniciar un intercambio de publicaciones con centros extranjeros, fue necesario vincularse con sujetos e instituciones que habilitaran la comunicación entre distintas instituciones e insertaran a la Universidad en los nodos donde se distribuían los textos. Así, el flujo de objetos bibliográficos no solo necesitó de un personal que, en terreno y a lo largo del globo, hiciera de mediador para habilitar y hacer efectiva la red, sino que también hizo uso de sistemas de transporte que encarnaron la comunicación y de papeles que anunciaron o certificaron los intercambios. Dichos actantes que hicieron de mediadores y habilitaron las redes, dialogaron constantemente con otros factores que limitaron o condicionaron el flujo de impresos hacia la BN. La falta de objetos bibliográficos intercambiables por parte de nuestro país fue, en un comienzo, problemático. En esta misma línea, los déficits en el presupuesto destinados a la adquisición de libros también condicionaron el flujo de impresos. He podido pesquisar, de igual modo, cómo los

factores considerados “externos”, tales como terremotos, guerras o naufragios de embarcaciones se transformaron en limitaciones para un flujo sistemático de objetos bibliográficos.

Una vista a vuelo de pájaro: panorámica global de las redes de intercambio

En marzo de 1862, Miguel Luis Amunátegui, Secretario de la Universidad de Chile, exponía las memorias de los trabajos llevados a cabo entre 1860 y 1861 frente al Consejo Universitario, señalando:

El Consejo Universitario ha continuado con empeño haciendo remesas de las publicaciones más importantes que aparecen en Chile a algunos de los institutos más acreditados de los Estados Unidos i de Europa, sirviéndole generalmente de intermediario el Instituto Smithsonian de Norte América, (...) que al presente mantiene correspondencia con setecientos setenta i dos institutos científicos o literarios en Europa, diez i ocho en Asia, siete en África, siete en la Oceanía i veinte i cinco en la América, de los cuales cinco pertenecen a Chile, a saber, la Academia militar, la Biblioteca Nacional la Oficina del Plano Topográfico, el Observatorio Astronómico i la Universidad.

Con el envío de tales remesas se propone el Consejo obtener dos resultados: el primero i principal, conseguir que Chile sea bien conocido en los países extranjeros, lo que debe producir, entre otras ventajas, las de aumentar su crédito i e fomentar la inmigración; i el segundo, aunque secundario, provocar cambios de publicaciones que sirvan para enriquecer el Gabinete de lectura universitario, la Biblioteca Nacional i las colecciones de los otros establecimientos científicos que exista en Santiago.

En los extractos de la memoria del Secretario General de la Universidad de Chile a principios de la década del sesenta, se pueden apreciar los intereses y motivaciones que tuvo la Universidad para vincularse a la red global de circulación bibliográfica. Pienso que podrían sumarse a estas motivaciones las ganancias de nuestros ilustres escritores una vez que vieron aumentar su público lector.⁵⁵ Sin embargo, destaco para los propósitos de mi

⁵⁵La gran mayoría los autores de las obras remitidas al extranjero eran miembros activos de la Universidad de Chile, como se puede apreciar en lo señalado en el Consejo Universitario en 1865: “De una lista de las obras y publicaciones que la Universidad está por remitir al señor Gillis [miembro de Instituto Smithsonian] i a otras personas i establecimientos científicos de los Estados Unidos. La remesa se compone de lo siguiente: “Anales de la Universidad de Chile, 1856” 25 ejemplares. El araucano, 1856” 12 ejemplares. Índice general de los Anales de la Universidad de Chile [cuyo autor fue Ramón Briseño] 25 ejemplares. Las campañas de Chiloé,

investigación, al Instituto Smithsoniano en su relación con la Universidad. Este vínculo fue crucial en la inserción del espacio universitario y bibliotecario a las redes globales de circulación de objetos existentes en la época⁵⁶. Dicha participación posibilitó el aumento de los impresos al interior de la BN.

El Instituto Smithsoniano, ubicado en la ciudad de Washington, Estados Unidos, se caracterizó por ser uno de los principales centros de distribución de objetos científicos durante el siglo XIX. En particular, y para los propósitos de esta investigación, me centraré en su rol como distribuidor de textos a la BN ocupando un rol fundamental en el aumento del acervo bibliográfico del espacio. Establezco que la Universidad inserta a nuestra biblioteca en redes que ya estaban en movimiento, como se puede entrever una vez que se da cuenta de los vínculos que el instituto estadounidense mantenía con otras academias científicas. Este centro no sólo habilitó sistemas que permitieron la comunicación entre Estados Unidos y la Universidad, sino que también sirvió de plataforma para el intercambio de publicaciones con centros distribuidos en Europa⁵⁷ y, posteriormente, América Latina. Este vínculo fue un engranaje clave en el acceso que tuvo la Universidad -lugar periférico- al momento de insertarse en estas redes.

Sin embargo, he de señalar que, junto con la inserción de la Universidad de Chile en redes globales de distribución de objetos bibliográficos por medio de esta institución, el espacio universitario se vinculó de manera directa con otros tantos centros de investigación

memoria de don Diego Barros Arana, 4 ejemplares. Comentario de la constitución política de 1833, por don José Victorino Lastarria, 4 ejemplares. “Ricardo i lucia o la destrucción imperial”, por don Salvador Sanfuentes, 4 ejemplares. De la Historia general de la independencia de Chile por don Diego Barros Arana, tomo 3 y 4, 4 ejemplares. Revista de ciencias i letras, número 1, 25 ejemplares.”

⁵⁶ Me parece importante señalar que a través de este instituto no sólo circularon impresos sino que también objetos astronómicos y colecciones de Historia Natural.

⁵⁷ En 1862, Miguel Luis Amunátegui señalaba, La universidad de Chile ha hecho remesas de publicaciones chilenas a los siguientes establecimientos o personas por conducto del Instituto Smithsoniano: La biblioteca real de Berlin, Id. De la Universidad de Heidelberg, Id. De la de Gottinga, Id. De la de Groninga, Id, de la de Leuden, Establecimiento jeolojico imperial i real de Viena, Sociedad jeográfica real de Lóndres., Id, de París, Academia de ciencias, artes i bellas letras de Dijon., Sociedad de Historia natural i de medicina de Guïessen, Don J. M. Gilliss (miembro del instituto, Don Jorje Ticknor, Don Alejandro Perrey, miembro de la Academia de Dijon. **Agregando que: La Universidad de Chile ha hecho directamente remesas de iguales publicaciones a los establecimientos i personas que siguen:** Instituto Smithsoniano de Norte América, Universidad de Lovania, Academia de ciencias de Madrid, Id, de ciencias, artes i bellas artes de Brusélas.. .

y difusión científica a lo largo del globo. Es decir, la Universidad habilitó mecanismos y vías de comunicación con centros sin intermediarios -como fue el Instituto Smithsonian-.

De una nota que el director del Instituto Imperial Jeolojico de Viena, dirige a la Universidad de Chile, con la cual le remite 6 volúmenes de los “Anales del Instituto Jeolojico”, manifestándole su deseo de abrir correspondencia con ella i de entablar un cambio recíproco de publicaciones literarias i científicas. El consejo aceptó gustoso la propuesta hecha por el Instituto Jeolojico de Viena, i después de haberse hecho varias indicaciones acerca del conducto por el cual pudiera entablarse la correspondencia, se acordó diferir la resolución para la sesión venidera, a fin de que el señor Domeyko, que no estaba presente, expusiese su parecer. También se acordó tratar en la próxima sesión de la manera de entablar comunicación con la Universidad de Bolonia, que ha solicitado la amistad de la nuestra.⁵⁸

En reiteradas sesiones el Consejo Universitario discutió sobre cómo lograr una comunicación lo más directa posible con otros centros extranjeros. La búsqueda de mecanismos que permitieran realizar intercambios de objetos bibliográficos de manera segura y estable fueron constantes. Esta preocupación no sólo atañó al ámbito local. La preocupación por hacer seguros los sistemas y la comunicación fue compartida por diversos centros repartidos por el territorio. Resultan ilustrativos los dichos del secretario del Instituto Smithsonian, Joseph Henry, en una carta enviada al Consejo Universitario: “Se ruega con instancia que se nos dirija el acuse de recibo por el conducto de nuestro agente luego que se lleguen dichas obras, pues no se hará ninguna otra remesa por parte del Institución mientras esta no se reciba”. De este modo, se puede apreciar el énfasis que tuvieron los agentes por hacer seguros los canales de comunicaciones entre los diversos centros.

De una nota dirigida al secretario de la Universidad por Mr. A. Franck, agente general para el extranjero de la Academia real de ciencias de Madrid, en la cual pregunta a quien podrá entregar en París un paquete de libros que ha recibido de la mencionada corporación para la Universidad, i pide que se le designe en la misma ciudad una casa donde depositar las remesas que se le hagan en lo sucesivo para el mismo objeto, ofreciéndose a servir de intermediario para las comunicaciones de las dos corporaciones mencionadas. Se acordó que puede entregar el paquete a que se

⁵⁸ “Anales Universidad de Chile”. 1865. Santiago. XIII. Pg. 196

refiere i los que reciba en adelante al cónsul general de chile en parís don José Marcó del Pont⁵⁹

Se dice que mediante el intercambio se pueden pesquisar los valores que van adquiriendo los objetos bibliográficos.⁶⁰ Doy cuenta de que el interés por los impresos fue relativo y se debió a los propósitos y necesidades que buscaban satisfacer las diversas instituciones. Dicho interés estuvo condicionado por distintos factores como el acceso a las obras del mercado o la necesidad de tener a disposición textos sobre materias específicas.

En 1860, por encargo del Consejo Universitario y mediante un oficio, se solicitó a José Marcó del Pont, cónsul de Chile en Francia, la adquisición de determinadas obras que hacían falta en los estantes de la BN. Escribió Ventura Marcó del Pont en 1862 que “las obras de Historia Natural que se ha encargado para la Biblioteca Nacional no se pueden conseguir en Paris, (...) probablemente serán menester encargarla a Alemania”⁶¹. O bien, a partir de una solicitud de la edición completa de la obra “Los Anales de la propagación de la fe” que se le hizo al mismo diplomático, este respondió: “no es posible proporcionarse todos los números de la edición española que se le han pedido anteriormente; pero que puede enviar una colección completa de la edición francesa desde su creación hasta fines de 1859”.⁶² Acá se observa como el acceso de las obras y colecciones en el mercado bibliográfico condicionó la llegada de las obras a la BN.

De igual modo, en 1862, “Don Alejandro Perrey, miembro de la Academia de Dijon, solicitó que se le remitiesen todos los trabajos que se hubieran publicado en Chile sobre temblores”.⁶³ Afirmo que existieron objetos bibliográficos que adquirieron más valor que otros en el flujo habilitado por de las redes. Los impresos antiguos, para una Biblioteca relativamente nueva, son un ejemplo. Esto se puede apreciar cuando el dueño de la imprenta El Mercurio en Chile, Orestes L. Tornero, donó dos obras a la BN tituladas:

⁵⁹“Anales de la Universidad de Chile”. 1857. Santiago. XIV. Pg. 84

⁶⁰ Para abordar la temática sobre los diversos regímenes de valor a los que se someten los objetos ver: Appadurai, Arjun. 1991. “La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías”. México. Editorial Grijalbo.

⁶¹ “Anales de la Universidad de Chile”. 1862. Santiago. XX. Pg. 843

⁶² “Anales de la Universidad de Chile.” 1860. Santiago. XVII. Pg. 481

⁶³ “Anales de la Universidad de Chile”. 1862. Santiago. XX. Pg. 325.

“Cronicas del rei don Fernando III” e “Historia de la marina real española”. Dando las gracias, el Rector Andrés Bello, señaló: “este presente era mui estimable por el merito de las obras donadas, de las cuales la primera se recomienda particularmente por la antigüedad de la edición, que cuenta ya más de tres siglos”.

Se relaciona con este último punto la importancia que adquirió la compra de obras relacionados con la Historia Nacional. En 1863 y luego de una ardua búsqueda se concretó la compra del manuscrito de la “Relación histórica del Reyno de Chile” escrita por el padre Alonso de Ovalle en una librería parisina. En esta misma línea se solicitó la compra del manuscrito de la Historia de Chile escrita por el padre Rosales.

El brillante escritor chileno don Benjamin Vicuña Mackena dirigió una erudita carta, llena de las mas curiosas noticias biográficas i bibliográficas, al finado señor decano de humanidades don Salvador Sanfuentes para llamar por su órgano la atención del Consejo sobre la importancia de comprar el manuscrito de La Historia de Chile, inédita i desconocida hasta el presente, compuesta por el jesuita Rosalez, que fue testigo de muchos de los sucesos que refiere, i aún actor en alguno de ellos.

Convencido el consejo de las atinadas reflexiones del señor Vicuña Mackenna, se ha valido del miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana, residente actualmente en Europa, que es tan entendido en materia de antigüedades americanas, como aficionado a ocuparse de ellas, para hacer ofertas al sueño del manuscrito, que redactado en América ha andado viajando de España a Francia, de Francia a Inglaterra, de Inglaterra a España.

La condición de experto fue necesaria a la hora de adquirir -por compra- los objetos bibliográficos. Así, es posible afirmar que el saber bibliográfico fue una herramienta necesaria para la articulación de esta red global, el cual se utilizó para identificar y seleccionar soportes fuera de los límites de la BN. La *expertise* se desplegó, también, en terreno. En un informe sobre la BN, José Victorino Lastarria, escribe y nos da luces sobre este fenómeno:

El Consejo se ha ocupado en arbitrar un modo de hacer a Europa los pedidos de obras la Biblioteca Nacional, que sea expedito i capaz de procurar con la posible economía las mejores ediciones. Al efecto, ha acordado encargar al Cónsul Jeneral de Chile en Paris los libros que sea necesario comprar en Francia; al Cónsul Jeneral en Hamburgo, los que deban adquirirse en Alemana; i a la casa de los señores Baring i Ca de Lóndres, los que sea preciso proporcionarse en Inglaterra. Se busca una persona competente a quien confiar la misma comisión en España. Se ha resuelto igualmente

encargar a algún literato francés entendido en Bibliografía, compensandole como es debido su trabajo, que indique a los agentes mencionados la mejor edición de las obras de que haya varias ediciones, para conseguir así que nuestra primera Biblioteca contenga las mas acreditadas. ⁶⁴

Este extracto, además de hablarnos de la necesidad que existió de vincularse con sujetos expertos que tuviesen conocimiento de bibliotecología para la articulación de las redes a lo largo del globo, da cuenta de cómo la Universidad se relacionó directamente – es decir, sin mediación del Instituto Smithsonian- con otros centros de producción y distribución de textos por medio del aparato burocrático chileno extendido sobre el territorio europeo.

Por último, me parece importante dar cuenta de que en la descripción de los elementos que permitieron la inserción en redes globales de circulación de objetos bibliográficos, señalo que las adquisiciones de distintos tipos de textos estuvieron determinadas por el presupuesto del que dispuso el espacio. En ese sentido, la adquisición de los impresos para la BN estuvo condicionada tanto por el presupuesto como por la voluntad de generar intercambios por parte de las otras instituciones y funcionarios repartidos por el globo. De un oficio del señor Ministro Plenipotenciario de Chile en Washington, enviado 1871, señala:

He tenido el honor de recibir la comunicación de U.S, fecha 15 de abril último, e impuesto por ella de que el Consejo de la Universidad desea adquirir para la Biblioteca Nacional de Santiago las obras de interés en Chile que se publican oficialmente en los Estados-Unidos, i que no es fácil obtener por compra, me apresuro a manifestar a U.S. que pondré particular empeño en contribuir de la manera más eficaz que me sea posible a la realización de tal designio.

Propendiendo a un propósito semejante, había ya enviado al departamento de Relaciones exteriores, con fecha 29 de abril, más de ochenta volúmenes, i tengo preparada para uno de los próximos días otra remesa tan considerable como aquella de publicaciones oficiales sobre ciencias i artes, aministración, estadísticas, etc. Acaso el señor Ministro habrá destinado todas o alguna parte de estas obras a la Biblioteca Nacional. ⁶⁵

⁶⁴“Anales de la Universidad de Chile”. 1859. Santiago. V.18. Pg. 349.

⁶⁵ “Anales de la Universidad de Chile”. 1871. Santiago. V.40. Pg. 213

Sin embargo, no solo el presupuesto y la voluntad por parte de los funcionarios fue una condicionante a la hora de establecer qué obras se adquirirían para la BN, sino que también, la red burocrática utilizada por la Universidad para dotarse de objetos bibliográficos a lo largo del globo. Esta red no estuvo disponible en todas las áreas del territorio con la misma facilidad. La dificultad para vincularnos con otros países latinoamericanos dan cuenta de la falta de comunicación que existía entre estos países a mayor escala y, a su vez, nos hablan de nuestra condición de periferia. Durante los primeros años del gobierno universitario, fue necesario recurrir a instituciones europeas o estadounidenses para generar vínculos con centros de investigación científica de Nuestra América⁶⁶.

No ha sido tan llano, aunque el Consejo se ha esforzado en lograrlo, arreglar los medios de hacer venir a Chile las publicaciones que salen a la luz en los diversos estados del Continente Hispano-Americano; pues la dificultad de las comunicaciones nos coloca, por decirlo así, mas lejos de esos pueblos hermanos que de la misma Europa. Sin embargo, como esas publicaciones son interesantísimas para nosotros por muchos aspectos, ha que tratar de vencer a toda costa los obstáculos que nos impiden adquirirlas”⁶⁷.

Mediadores

Como es posible observar, la articulación de la red global de circulación de objetos bibliográficos fue posible gracias a la interacción de los agentes que sirvieron de mediadores para que los impresos se trasladaran por el globo y llegaran a la biblioteca. De este modo, identifiqué cuatro elementos que considero fundamentales a la hora de generar una infraestructura que permitió la consolidación de las redes antes descritas. A saber: los funcionarios, las instituciones, los medios de transporte y el papel.

Instituciones

Fueron las instituciones un motor fundamental en la conformación de la red anteriormente descrita. Partiré de la premisa de que en ella se gobiernan un conjunto de

⁶⁶Esta problemática se vio sorteada en los años posteriores entablándose relaciones con centros de distribución de impresos en Bolivia, México, Perú, Colombia, Guatemala y Argentina.

⁶⁷ “Anales de la Universidad de Chile”. 1859. Santiago. V:1 Pg. 348

recursos, personas y objetos entregándoles movilidad. En relación con el caso de estudio, he de afirmar que las diversas instituciones que se vieron involucradas en la red de circulación de objetos bibliográficos generaron tipos de saberes en torno a ellos. Resulta claro, entonces, que el dominio de los impresos estuvo asociado a su conocimiento.

En esta línea, apunto que en 1853 se pidió a los decanos de las distintas facultades de la Universidad de Chile que fabricaran listas que contuviesen títulos de textos que creían necesarios encargar a Europa para la BN. “Después de esto se leyeron varias listas de libros que convendría encargar a Europa para la Biblioteca Nacional; i habiéndose notado en ellos considerables vacíos, se acordó que cada Decano formase una lista de las obras concernientes a su facultad respectiva”.⁶⁸ De este modo, se observa cómo el déficit en el acervo documental al interior de la BN se relaciona –“en la medida de lo posible”- con el conocimiento en torno a los libros necesitados en el espacio. Para esto, la Universidad funcionó como palanca e insertó a la biblioteca en redes para satisfacer sus propios intereses.

Me parece relevante señalar que la red antes descrita fue articulada gracias a la interacción de diferentes actantes. La Universidad de Chile y la BN no fueron las únicas instituciones -ni elementos- que hicieron posible el flujo de objetos bibliográficos. Los centros institucionales de fabricación y distribución de textos estuvieron repartidos por el globo y fue necesario vincularse con ellos para generar sistemas donde los textos fluyeran hacia la BN.

Ejemplo de lo anterior, fue lo señalado en el Consejo en agosto de 1857:

Después de esto el señor Rector dijo que se había recibido por el señor Gillis i conducida por el buque sud-america, i que lo libros se habían distribuido entre los establecimientos i personas indicadas por el donante. El secretario leyó tres oficios que se habían encontrado dentro del cajón en que venían los libros: uno del director del Instituto Imperial Jeolojico de Viena, con el cual remite un ejemplar de los números 2 i 3 del “anuario” de dicho establecimiento; otro del director de la sociedad de los aficionados a la historia natural, de demen, con el cual remite un ejemplar sobre la actividad de la sociedad en el año de 1855; i otra del bibliotecario principal del museo Británico, en que acusa recibo de varias publicaciones chilenas

⁶⁸ “Anales de la Universidad de Chile”. 1853. Santiago. V:10. Pg. 389.

que se le habían remitido a nombre de la universidad por conducto del instituto smithsoniano⁶⁹

En relación con las instituciones que sirvieron de mediadores para el traslado de impresos hacia la BN, cabe destacar al Instituto Smithsonian. El vínculo con este centro fue fundamental a la hora de articular canales de comunicación con instituciones extranjeras. Si bien existieron comunicaciones con centros de distribución de objetos bibliográficos de manera directa por parte de la Universidad de Chile, el instituto ubicado en Washington fue un mediador institucional fundamental en la articulación de sistemas de comunicación con otras instituciones repartidas por el globo. Del mismo modo, me parece importante apuntar que, en la medida que los vínculos con el Instituto estadounidense se hacían más débiles, la Universidad vio fortalecido el contacto directo con otros centros.

En 1863 se discutía:

De otra [nota] del miembro de la Academia e Dijon, don Alexis Perrey, en la cual comunica que hasta la fecha no ha recibido los números de los Anales de la Universidad de Chile que, según se le anunció, le habían sido enviados por conducto del Instituto Smithsonian, i habla de que se continúen las observaciones sobre temblores que hacia el finado señor Troncoso. Se acordó remitir directamente al señor Perrey por un buque de vela los duplicados de los números de los Anales que se refiere.⁷⁰

El interés por hacer más estables y seguros los canales de comunicación fue una constante a lo largo del periodo que estudio. Si bien esto -tal como lo señalé anteriormente- fue una preocupación generalizada, muchas veces existieron problemas que tiñeron las comunicaciones y que escaparon del control local. El caso del vínculo con el Instituto Smithsonian no solo fue particular, sino que fundamental para la Universidad. Dicho centro conformó un nodo que permitió abrir puentes comunicacionales con instituciones en Europa. Es de esperar que haya sido necesario poner énfasis en hacer más segura esta relación debido a que generaba varios otros puentes comunicacionales con diversos centros repartidos por el globo.

Se da cuenta que, en abril de 1857, las preocupaciones del Consejo Universitario fueron:

⁶⁹ “Anales de la Universidad de Chile”. 1857. Santiago. V:14. Pg. 159

⁷⁰ “Anales de la Universidad de Chile”. 1863. Santiago. V:24. Pg. 286

Después de esto el señor rector dijo que sería conveniente el que la universidad se pusiese en correspondencia directa con el secretario del Instituto Smithsonian de Washington, porque la comunicación que ha tenido hasta aquí con dicho establecimiento ha sido generalmente por conducto del señor Gilliss. “importa, añadió, que esta comunicación tenga un carácter más fijo y estable, i que se ponga a cubierto de las eventualidades que está sujeto un individuo particular, que de un día a otro puede fallecer o mandar de residencia” el consejo aprobó esta indicación, i el mismo señor rector quedó encargado de abrir la comunicación con el secretario smitsoniano.⁷¹

Es importante señalar que, a pesar de que esta inquietud no fue acogida (pues es posible observar cómo el señor Gillis siguió siendo un mediador institucional), nos habla del interés de la Universidad por gobernar de manera estable a los objetos bibliográficos. Sin embargo, dicho buen gobierno, como vemos, no dependió exclusivamente de los deseos de nuestro espacio universitario, sino que tuvo que dialogar con múltiples actores y fenómenos. Ejemplo de esto fue la Guerra de Secesión Estadounidense desatada pocos años después de esta reunión del Consejo la cual imposibilitó el envío de cajones de libros, durante los años que duró el conflicto.⁷²

Por último, me parece importante dar cuenta cómo las instituciones chilenas vinculadas a la red de circulación de objetos bibliográficos van habilitando oficinas y engranajes que hacen más expeditos el flujo de impresos a medida que se institucionaliza el saber y se copian prácticas que han sido efectivas en otros lugares. Ilustrativo resulta cómo en 1861 se deja constancia en las actas de que:

El Consejo se halla dispuesto a encargarse con gusto, a ejemplo de lo practicado por el Instituto Smithsonian de remitir a los establecimientos o individuos distinguidos por cualquier motivo con los cuales cultiva relaciones, las obras que los escritores nacionales quieran obsequiar o hacer conocer fuera del país, espresando el nombre de los donantes, si así lo piden.

⁷¹ “Anales de la Universidad de Chile”. 1857. Santiago. V:14. Pg. 197

⁷² Me parece importante dar cuenta que durante los años que duró la Guerra de Secesión el Instituto Smithsonian dejó de cumplir su función como mediador en la articulación de la red de intercambios de objetos bibliográficos. Sin embargo, es posible apreciar cómo en la medida que este vínculo se hace débil, se refuerzan otras relaciones. El intercambio con instituciones que antes estaban mediadas por el instituto norteamericano, en algunos casos, se lograron realizar incluso con la guerra de por medio.

Funcionarios

Para la habilitación y puesta en práctica de la red de circulación de objetos bibliográficos fue necesario el despliegue de una red de funcionarios tanto en Chile como en el extranjero. En este sentido, me parece relevante señalar de que, para el traslado de impresos por medio de la red, no sólo se movilizaron burócratas universitarios, sino que también cónsules del Estado chileno y miembros de otros estados e instituciones. Los trabajadores permitieron habilitar mecanismos de comunicación con centros extranjeros. Pienso que el rango de acción de la Universidad de Chile fue extendido gracias al despliegue burocrático del estado chileno en el extranjero.

En seguida, tratándose de adoptar una vía de comunicación con el Instituto Imperial Geológico de Viena, se acordó que el señor Domeyko hablase previamente con el señor Philippi sobre este particular, i en la sesión siguiente diese cuenta de los datos que recojiese, para tomar en vista de ellos la determinación que convenga. Respecto de la Universidad de Bolonia, se acordó pedirle que designe ella la vía de comunicación que sea más conveniente; i en cuanto a la Academia de Madrid, que también ha solicitado la amistad de la Universidad de Chile, se acordó enviar las comunicaciones por el conducto del señor Marco del Pont, i decir a misma Academia que elija por su parte el conducto que le parezca más conveniente⁷³

Cuando me refiero a las comunicaciones directas que estableció la Universidad con los otros centros, hago alusión a los miembros y funcionarios burocráticos que permitieron e hicieron de intermediarios entre los puntos de distribución y almacenamiento de objetos bibliográficos y la BN. En relación con la figura de Domeyko, escribe Sol Serrano:

La contratación más importante del periodo fue la de Ignacio Domeyko quien permaneció en Chile hasta su muerte en 1889, pues constituye el modelo del rol de los extranjeros como mediadores entre la alta producción científica en los países del centro y su aplicación en una región periférica. Domeyko fue el gran articulador entre la investigación científica, el mundo productivo y el sistema educacional. Ese era el objetivo del gobierno en su política de contratación de extranjeros⁷⁴.

⁷³ “Anales de la Universidad de Chile”. 1866. Santiago. V:28. Pg. 199.

⁷⁴Serrano, Sol. 1994. “Universidad y nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria

Del mismo modo, los funcionarios chilenos que trabajaron en el extranjero fueron fundamentales para permitir el flujo de objetos bibliográficos hacia la BN; en ellos también se encarnó la agencia. En ese sentido, me parece interesante hacer la distinción entre los funcionarios que trabajaron en territorio chileno y los que lo hicieron en el extranjero. Ambos fueron trabajadores de la red, pero se ubicaron en distintos lugares del globo. La Universidad de Chile fue mediadora en tanto institución y en tanto espacio que agrupó a distintos agentes que, gracias a su trabajo, lograron habilitar el flujo de impresos hacia la BN. Ejemplo de esto fue la mediación que hicieron Domeyko -que en ese entonces se desempeñaba como Rector de la Universidad- y Philippi -quien era un funcionario de la misma- para la articulación con el Instituto Imperial Geológico de Viena y para discutir sobre las vías de comunicaciones más convenientes.

El señor José Marcó del Pont y Philippi fueron ejemplos de funcionarios chilenos que trabajaron para la red fuera del territorio nacional. En 1856, Marcó del Pont en una cuenta que le envía a Domeyko señala “que se han renovado todas las suscripciones que hasta aquí ha mantenido la universidad”.⁷⁵ Es decir, en él recayó la responsabilidad de hacer constante el envío de publicaciones periódicas. Tanto así que, luego de su muerte en 1860, e incluso una vez que su hijo, Ventura Marcó del Pont, ocupó su cargo, el envío de publicaciones no ocurrió con periodicidad y es posible observar las críticas del Consejo. “El señor Domeyko espuso que efectivamente se habían recibido por conducto del Ministerio algunos números mas de dichas publicaciones; pero siempre faltaban para completar las colecciones”.⁷⁶

Me parece importante dar cuenta también de que la burocracia nacional, ubicada tanto en Chile como en el extranjero, se articuló con burócratas de otras nacionalidades. Intuyo, por tanto, que también se utilizaron mecanismos de comunicación que ya estaban habilitados entre los diversos países.

El secretario espuso que, habiéndose dirigido al señor Cónsul de Austria en Valparaíso para pedirle a nombre del Consejo que tuviera a bien encargarse de remitir a la Academia Imperial de Ciencias de Viena una colección de publicaciones

⁷⁵“Anales de la Universidad de Chile”. 1857. Santiago. V:14. Pg. 194.

⁷⁶ “Anales de la Universidad de Chile.” 1861. Santiago. V:18.

chilenas que el mencionado Consejo había acordado hacerle, el señor Cónsul le había contestado que se hallaba mui dispuesto a desempeñar esta comisión, pero que le parecía prudente no activar demasiado el envío de los referidos libros, porque actualmente había mucha dificultad para el embarque de cajones destinados a Europa. Se acordó oficiar a la Academia de Viena, haciéndole presente el motivo porque se retardará el envío de la colección de las espresadas publicaciones.⁷⁷

Barcos

Los medios de transporte constituyeron elementos fundamentales en la articulación de la red global de circulación bibliográfica. Si bien cada elemento identificado en este ítem constituyó, a su vez, un nodo donde interactuaron múltiples agente (como lo fueron el embalaje, los fletes, los capitanes, los tripulantes en el caso de los barcos). Me centraré en los actores de manera individual (colectiva) para cumplir con los objetivos propuestos en esta investigación. La elección de las rutas no estuvo exenta de polémicas, pues era necesario garantizar viajes que fuesen beneficiosos tanto para los emisarios como para los receptores.

Los barcos fueron medios de transporte fundamentales a la hora de trasladar los impresos hacia la BN. En ellos se depositaron remesas y cajones que atravesaron tanto el Atlántico como el Pacífico para desembarcar, finalmente, en el puerto de Valparaíso. Las complicaciones propias de este medio hicieron que los libros no siempre llegaran a destino. Los naufragios fueron recurrentes tanto como las confusiones en torno a los envíos a lo largo del período que estudio.

Se leyó una carta en que los señores Peña i Compañía de Valparaíso prometen remitir a la mayor brevedad el cajón de periódicos rotulado U.C n°8 recién llegado a Valparaíso por el *Olivier van Noord*, como igualmente el cajón de libros, cuya remesa por el vapor *Uncle Sam* había anunciado como probable el señor Gillis, en caso de haber venido i desembarcándose sin su conocimiento de este buque, que solo estuvo tres días, hace como un mes, en esa bahía; i si no, lo tendrán presente para cuando llegue el *Marie Antoinette*, en el que juzgan mas probable se haya efectuado su embarque.

Los barcos fueron, en ese entonces, el medio de transporte por excelencia. La elección de las rutas y compañías encargadas del traslado de los impresos -principalmente

⁷⁷ “Anales de la Universidad de Chile. 1866. Santiago. V:28. Pg. 229

durante los primeros años de la articulación de la red de circulación de objetos bibliográficos- determinó, en gran medida, el flujo de los textos y las posibilidades de lectura.

En la misma carta [Escrita por el señor Gillis] hace presente que convendría remitir por los vapores que salen de Valparaíso para Panamá los paquetes y bultos que la Universidad de Chile envíe al Instituto Smithsonian tanto porque de este modo llegarán las remesas más pronto a su destino, como porque la conducción de Panamá a Estados Unidos es libre de gastos para el mencionado instituto (...) quedó acordado contestarle [al señor Gillis] que por ahora no es conveniente hacer remesas en los Vapores de la Carrera del Pacífico, por cuanto correrían peligro perderse, atendido al desorden con que se efectúa el embarque y el desembarque de las mercaderías i equipaje a la llegada de los vapores a un puerto. El señor rector quedó encargado de la constatación.⁷⁸

No queda claro si Vapores de la Carrera del Pacífico fue la compañía utilizada por la Universidad para enviar las remesas de publicaciones chilenas al extranjero, o si es la que el Instituto Smithsonian recomienda para efectuar los intercambios. Lo cierto es que la cita da cuenta de las preocupaciones por parte del Consejo Universitario en cuanto al funcionamiento interno de las compañías de vapores. El peligro de pérdida estuvo siempre patente en las discusiones del Consejo. Sin embargo, fue mayor el temor por desembolsar altas sumas en relación con los impuestos establecidos por los diversos puertos. Así, y luego de que, sorpresivamente, llegara una cuenta a la Universidad, el Consejo desiste de abrir comunicaciones con el Instituto estadounidense por la ruta antes propuesta. “El Consejo, en vista de estas explicaciones, reconoció que era un abuso injustificable el que se había cometido por la casa de Panamá al cobrar cuarenta i tantos pesos por el flete de la remesa; i a fin de impedir la repetición de ese abuso, acordó encargar al señor Gillis que en lo sucesivo no enviase a la Universidad una remesa por la via de Panamá.⁷⁹”

Sin embargo, la tardanza de las comunicaciones complicó la elección de las rutas. La insistencia por parte del señor Gillis sobre los beneficios de la ruta recomendada llegaba a Chile por medio de notas aun cuando el Consejo ya había zanjado que no se harían más envíos por esa ruta debido al costo que implicaba para nuestra Universidad. Así, se observa cómo valió más el ahorro que el cuidado de los objetos bibliográficos:

⁷⁸“Anales de la Universidad de Chile”. 1856. Santiago. V:13. Pg. 36.

⁷⁹ “Anales de la Universidad de Chile. 1856. Santiago. V:13. Pg. 230

De dos cartas que el señor Gillis dirige al señor Rector con fechas 3 de junio i 13 de julio del presente año. En la primera, después de acusar el autor recibo de la que el señor rector dirigió con fecha 29 de marzo último, se contrae en hacer varias observaciones acerca de las demoras i contijencias a que están sujetas las comunicaciones entre Chile i los Estados Unidos, deduciendo por conclusión que la vía más rápida i segura es la de Panamá. Como el Consejo tenía ya celebrado un acuerdo a este respecto en sesiones anteriores, determinó insistir en él⁸⁰.

Finalmente, las solicitudes de Consejo Universitario llegaron a destino y el señor Gillis -mediador institucional- reaccionó a las peticiones de los funcionarios. En esta pequeña controversia en relación con las rutas por donde circulaban los barcos que trasladaban los cajones con objetos bibliográficos, podemos aproximarnos a los elementos que se pusieron en juego cuando llegó el momento de seleccionar los caminos. Intuitivamente, pensaría que los miembros del Consejo habrían velado por la seguridad de sus encomiendas debido a que se recalca, constantemente a lo largo de las actas de las sesiones del Consejo Universitario, la necesidad de hacer más confiables los sistemas de comunicación. Pues bien, fue acá dónde se observa que, antes de eso, la preocupación por los costos fue más relevante.

Se concluye esta disputa cuando:

El señor Gillis promete no volver a enviar mas remesas por dicha vía, i asegura que tiene motivos para creer que dentro de uno o dos años se estableciera una línea de vapores americanos en el Pacífico, que haciendo competencia a la inglesa, disminuya el oneroso impuesto a que hoy están sujetas las comunicaciones entre Chile i los Estados Unidos.⁸¹

En este sentido, se podría concluir que los barcos fueron fundamentales en la circulación de objetos bibliográficos por medio de la red global. Así también, establezco que la elección de estos actores no estuvo sujeta a la seguridad de su cargamento, sino que fue condicionada por los recursos con los que contó la Universidad de Chile para el traslado de los impresos y que fueron estos los que determinaron la llegada de los textos a la BN.

⁸⁰ *Ibíd.*

⁸¹ “Anales de la Universidad de Chile”. 1857. Santiago. Pg. 194

Arrieros

Una vez que los objetos bibliográficos llegaron a tierras chilenas, es decir, una vez que los impresos arribaban al puerto de Valparaíso, fue necesario contar con personas que los trasladaran desde esta ciudad hacia Santiago. Si bien los registros nos hablan poco de estos actores, esto no significa que ellos no hayan tenido un papel importante en la articulación de la red. Una de las pocas referencias que hay a estos sujetos ocurre cuando se da cuenta de un extravío de remesas de publicaciones francesas. Una vez que llegó la remesa número 39 de periódicos, Domeyko, quien en ese entonces se desempeñaba como Rector de la Universidad de Chile, observó “que la remesa numero 32 no había llegado aun, a pesar haberse ya recibido todas las remesas posteriores”⁸². En ese momento se solicitó por medio de un oficio a los señores Peña y Compañía de Valparaíso (que fueron, en un comienzo, la oficina encargada de recibir los cajones en el puerto) que dieran noticias e hicieran advertencias sobre este extravío: “el Consejo acordó que se escribiera a los señores Peña i Compañía de Valparaíso para que dieran los correspondientes pesos a fin de averiguar la suerte de los periódicos referidos i para que en lo sucesivo no enviaran a Santiago ningún bulto destinado a la universidad sin dar simultáneamente aviso”.⁸³ En respuesta, la compañía en Valparaíso señaló “haber remitido por la diligencia norteamericana los números 32 i 35 de las remesas de periódicos franceses, advirtiendo que dichas remesas no habían llegado a Santiago aun por descuido de los arrieros a quienes se había confiado su conducción. El señor Domeyko expuso que los dos cajoncitos estaban ya en su poder.”⁸⁴

Sin duda, los intentos por obtener colecciones completas hicieron que se movilizaran una gran cantidad de actores, como se pudo demostrar a partir de la inquietud que generó la tardanza de una remesa de periódicos. Similar fue el caso de la preocupación generada en torno a un cajón lleno de libros varado en Mendoza debido al terremoto que azotó a esa ciudad el año 1861, lo que hizo manejar como opción traer los cajones al hombro por parte de los arrieros.

⁸²Ibíd. Pg. 399.

⁸³Ibíd.

⁸⁴ Ibíd. Pg 405

De una nota del Cónsul de Chile en Mendoza, en que dice que tiene en su poder el cajón de publicaciones arjentinas enviadas por don Juan MariaGutierrez; que por haber llegado dicho cajón después de haberse arruinado Mendoza (por el terremoto), quedó depositado a distancia considerable lo que ha sido causa de que solo haya venido a su poder pocos días antes de la fecha de la nota (1°de junio); i que como el mencionado cajón no podría pasar sino a hombros i para eso seria necesario dividirlo en dos, no se resuelve a remitirlo hasta que se le diga lo que debe hacer. Se acordó contestarte que, para mayor comodidad del transporte, aguarde que la Cordillera esté abierta; i que, si para entonces, juzga preciso dividir en dos el cajón, puede hacerlo, tomando las precauciones precisas para que no se extravíe ninguno de los impresos que el cajón contiene⁸⁵

Papel

Por último, apunto que la institución hace visibles objetos que antes eran invisibles a través de un cambio de escala. “El cambio de escala implica una aceleración del número de inscripciones que se puede conseguir”⁸⁶. Así da cuenta de la relación entre saberes, recursos e instrumentos. En esta línea, me gustaría señalar que se gobernó a los impresos que aún no llegaban a puerto por medio de su inscripción en distintos soportes. Así, uno de los elementos no humanos fundamental en la articulación de la red global de circulación de objetos bibliográficos fue el papel, instrumento que no solo permitió el flujo de información hacia la BN, sino que también condicionó las dinámicas al interior del Consejo Universitario, en tanto los funcionarios desarrollaron las sesiones, muchas veces, en relación a las notas y oficios que tuvieron que dar a conocer en ese espacio. La información viajó gracias a que se inscribió en el papel y, sin este soporte, la comunicación no habría sido posible.

El papel tuvo múltiples formas. Los libros, sin ir más lejos, están hechos de este material. Sin embargo, no es mi intención en esta investigación indagar en la información que venía contenida en los objetos bibliográficos, pero sí de los documentos que hicieron de mediador en estas redes de circulación de objetos bibliográficos. Los oficios y las notas, los consentimientos donde manifestaban lo que se enviaban -que muchas veces viajó más

⁸⁵“Anales de la Universidad de Chile”. 1861. Santiago. V:19. Pg. 667. El subrayado es mío.

⁸⁶Latour, Bruno. 1992. “Ciencia en acción. Como seguir a los científicos.” Barcelona, Editorial Labor. Pg. 210

rápido que el objeto mismo- iban inscritos en ese soporte. De igual modo, la Revista de los Anales publicó mensualmente los avances en los movimientos de la BN y documentos científicos que fueron de interés para las instituciones extranjeras. Los catálogos e inventarios también constituyeron elementos que se enviaron a otros centros para dar cuenta de los impresos con que contaba el espacio bibliotecario. En 1859, se comentaba en el Consejo Universitario que “para hacer posibles los cambios de publicaciones con las corporaciones extranjeras de que ya he hablado, se ha solicitado del supremo Gobierno que haga tirar ochocientos ejemplares, en vez de quinientos, de cada entrega de los *Anales*, i que aumente el número de los que pone a disposición de la Universidad”.⁸⁷

Afirmo que los papeles que se remitieron a la Universidad y que permitieron habilitar los canales de comunicación con los centros repartidos por el globo para propiciar el flujo de objetos bibliográficos hacia la Universidad fueron variados. Identifico notas anunciando las remesas de publicaciones llamadas “consentimientos”. Dichos anuncios de envíos no solo permitieron captar la atención del Consejo Universitario y ponerse en un estado de alerta a la espera de llegada de los cajones con impresos que siempre resultaron inciertos. Dentro de los papeles enviados como parte de un intento por generar vínculos comunicacionales y hacer más estables los intercambios de publicaciones, reconozco las notas enviadas por funcionarios y mediadores institucionales para solicitar textos o generar nuevos intercambios. También facturas y cuentas que informaban de los saldos que la Universidad tenía que desembolsar para costear las suscripciones a las que estaba inscrita.

De un oficio del cónsul jeneral de Chile en París, con el cual remite un conocimiento de la remesa número 21 de periódicos para la Universidad, otorgado por el capitán del clipper “costa rica”, una factura de los periódicos que componen dicha remesa, i una cuentajeneral del costo de las suscripciones correspondientes al año de 1854. Se mandó acusar recibo de esta nota i remitir el conocimiento a los señores Peña i C. para los efectos consiguientes. Respecto de la cuenta se acordó que tanto ella como las demás de su clase que existen archivadas en la secretaria pasasen a la comisión respectiva para su examen.⁸⁸

⁸⁷ “Anales de la Universidad de Chile”. 1859. Santiago. V:16. Pg. 515

⁸⁸ “Anales de la Universidad de Chile”. 1855. Santiago. V:12. Pg. 125

Por último, y en relación con las limitaciones que trajo consigo la utilización de este soporte como mediador en la red de intercambios de objetos bibliográficos, cabe señalar la dificultad de las traducciones. Mucho de los miembros del Consejo Universitario manejaban más de un idioma debido a su condición de migrantes, pero aun así la ilegibilidad de algunos papeles fue una problemática constante. Se comentaba en una de las sesiones del consejo que “habiéndose manifestado la dificultad que había habido para traducir del alemán los títulos de las obras recibidas de Viena, i la frecuencia con que venían publicaciones alemanas, se discutió largamente sobre el mejor modo de crear el empleo de interprete público”⁸⁹

Finalmente, y en términos de las limitaciones que tuvo la utilización de este soporte, cabe destacar la fragilidad del papel. Dicha condición determinó el rumbo de algunos impresos. “[el señor Gillis] suplica al mismo señor rector que distribuya del modo que mejor le parezca los paquetes cuyas cubiertas se han destrozado por el camino, y que por esta causa se ignora a quien venían dirigirlos”⁹⁰.

2. El centro de cálculo

Los objetos bibliográficos que circularon por medio de las redes habilitadas por la Universidad -las mismas que conectaron a la Biblioteca con diversos centros de producción y distribución de textos- llegaron de manera sistemática al edificio donde se ubicaba la BN. De este modo, el espacio vio aumentado su acervo documental. En su interior, los impresos se relacionaron con diversos soportes que sirvieron como herramientas para gobernarlos. Fue en la relación que se dio entre los textos, catálogos, inventarios, estantes, funcionarios, usuarios y reglamento donde es posible pesquisar las prácticas que permitieron la burocratización del saber bibliográfico.

Es posible afirmar que los textos ingresaron a la biblioteca por medio de compra, donaciones, canjes, depósito legal y ley de propiedad literaria y que fue labor del Consejo Universitario, en una primera instancia, sugerir títulos de obras para que fuesen adquiridas en las librerías nacionales y en diversos centros en el extranjero. Sin embargo, no solo este

⁸⁹ “Anales de la Universidad de Chile.” 1861. Santiago. V:19. Pg. 290.

⁹⁰ “Anales de la Universidad de Chile. 1856. Santiago. V:13. Pg. 230.

cuerpo de funcionarios recomendó títulos para generar posibles compras: las indicaciones sobre qué libros adquirir vinieron también por parte del bibliotecario y el Congreso -en mucha menor medida. De igual modo, algunos librereros enviaron listas de libros al Consejo para ofrecerlos al espacio, como también los dueños de colecciones que quisieron vender parte de sus bibliotecas privadas dando cuenta de un mercado

No obstante, se tuvieron que realizar esfuerzos por lograr que las entradas de impresos fueran constantes, las que se manifestaron de múltiples formas. Se sabía que era deber de una buena biblioteca contar con colecciones completas. Con este afán se buscó que los libros, periódicos y revistas nacionales y extranjeras llegaran regularmente al espacio para contar con acervos enteros y con trabajos contemporáneos sobre diferentes materias. Para esto, se realizaron múltiples alegatos por parte del director de la BN y su bibliotecario para que los intendentes hicieran cumplir la ley de depósito legal -en donde se establecía que era deber de las imprentas entregar dos ejemplares de sus publicaciones a la biblioteca. También se solicitó a los mediadores institucionales repartidos por el territorio documentos que estaban incompletos o que se consideraban necesarios.

El aumento de los volúmenes de los libros al interior del espacio no sólo implicó que el edificio, luego de un tiempo, resultara insuficiente debido al gran número de objetos bibliográficos que almacenó, sino que se necesitaron una serie de soportes para gobernarlos. Los libros no entran a una biblioteca con el afán de ser guardados en estantes, entran para ser consultados por un público lector. De este modo, se fabricaron una serie de objetos bibliográficos que permitieron su uso. Son ejemplos los como catálogos, inventarios, reglamentos, entre otros. El interés y las prácticas que se generaron en torno a estos objetos no estuvieron exentos de disputas y conflictos materiales. La falta de espacio, presupuesto y funcionarios se convirtieron en una de las tantas limitantes a la hora de burocratizar el saber, debido a que esto condiciona las prácticas en torno a los objetos bibliográficos.

Si bien hay un aumento en las quejas por parte de los funcionarios, se puede identificar una institucionalización de ciertas prácticas. La aparición de informes de cuentas públicas que daban noticias del funcionamiento de la BN, la publicación de listas sobre el movimiento mensual de la biblioteca desde agosto de 1859 y las noticias escritas por el

bibliotecario sobre el espacio -que daban cuenta de la diferenciación del cargo en relación con el director-, en las memorias del Ministerio de Justicia e Instrucción pública, desde 1871 da cuenta de la sistematicidad que se le otorga a la información. Del mismo modo, la aparición de catálogos y nuevos departamentos son prueba del entendimiento que se le otorga a ciertos objetos.

El proceso de burocratización del saber bibliográfico estuvo mediado por diferentes elementos que se articularon en una red al interior del centro de cálculo. Dichos actantes fueron catálogos, reglamentos, funcionarios, Ramón Briseño, los impresos, lectores y las condiciones materiales del edificio. Metodológicamente, el capítulo está dividido en cada uno de los elementos que dieron vida a la red al interior de la biblioteca y que permitieron la institucionalización del saber bibliográfico. La sistematización de la información da cuenta de la burocratización del saber, pero también del orden y las impresiones de ciertos soportes que antes sólo estaban en manuscritos.

Reglamento

El estudio del reglamento es bastante complejo y algo incierto. Si bien nos da luces respecto de cuál era el enfoque de la Universidad al centrarnos en la discusión y en los artículos aprobados. Sin embargo, adscribo a los postulados de Elvira López sobre la importancia de estudiar este tipo de normativa, ya que “el estudio de la reglamentación y legislación sobre los funcionamientos permite adentrarse en las prácticas que operaban en la administración colonial y luego en la republicana, observando el funcionamiento más cotidiano al interior de las instituciones”.⁹¹ Aunque no está claro hasta qué punto se implementó el reglamento, es posible aproximarnos las discusiones sobre este en su proceso de fabricación.

En 1860 se le solicita al decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, José Victorino Lastarria, que redactara un nuevo reglamento para la BN.

El señor Lastarria espuso que, habiendo tomado datos para la formación de un nuevo reglamento para la Biblioteca Nacional, se había convencido que no podía

⁹¹ López, Elvira. 2014. “El proceso de construcción estatal en Chile”. Hacienda pública y burocracia (1817-1960). Santiago. Centro de investigación Barros Arana. Pg.260.

introducirse en ella ninguna reforma sin aumentar el número de empleados i los sueldos de los existentes; i que, como no había fondos para ello, consultaban al Consejo sobre si continuaba o no haciendo el trabajo que se había encargado. Se acordó que el señor Lastarria formara un proyecto de reglamento tal cual lo requiere el buen régimen de la Biblioteca, sin atender a los mayores gastos que ocasione su plantación, a fin de elevarlo al Supremo Gobierno para que resuelva lo que estime conveniente.⁹²

Parte de las modificaciones que buscaba hacer Lastarria, las presentó al Consejo Universitario por medio de copias de su proyecto que se hicieron circular por los miembros del consejo⁹³, y tenían relación con aumentar el horario de atención a los lectores e implementar un nuevo sistema de catalogación. La creación de nuevos sistemas de inscripción de textos implicaría no sólo la fabricación de nuevos soportes, sino que también la redistribución de los objetos bibliográficos. Para esto también era necesario el aumento del presupuesto.

Hubo decretos del reglamento que fueron aprobados de manera más rápida y otros que necesitaron de asesoría externa. Al parecer, Barros Arana fue considerado como un experto en la materia debido a su estadía en países extranjeros. El intercambio con centros distribuidos por el globo gracias a su mediación también influyó en este ámbito:

A indicación del señor Rector, se acordó invitar al Miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana, para que se sirva asistir a la próxima sesión, en que se continuará la discusión del “Reglamento de la Biblioteca Nacional”, a fin de que haga las observaciones que le sujere el conocimiento que tiene de la manera como están organizadas las Bibliotecas europeas, debiendo acompañársele copia de los artículos ya aprobados.⁹⁴

No obstante, las discusiones del reglamento no solo fueron condicionadas por las experiencias extranjeras, erigiéndolas como referentes, sino también por presupuesto con el que se contaba y el mercado bibliográfico local. Me parece relevante la discusión que se sostuvo al interior del Consejo acerca de cuándo las publicaciones periódicas debían ser habilitadas para la lectura:

⁹² “Anales de la Universidad de Chile”. 1860. Santiago. V:17. Pg. 493

⁹³ “Anales de la Universidad de Chile”. 1861. Santiago. V:18. Pg. 532.

⁹⁴ *Ibíd.* Pg. 801

don Diego Barros Arana, presente en la sesión por invitación del Consejo, propuso que no se pusieran a disposición del público las publicaciones periódicas hasta un año después de haber salido a luz, i cuando ya estuvieran empastadas. El señor Barros fundó su indicación en la utilidad que resultaba de no perjudicar a los editores, proporcionando la lectura gratuita de los periodicos a personas que iban a leer en ellos las noticias del día i los artículos de crónicas, sin ningún propósito científico i literario; i en la necesidad de tomar precauciones para evitar el extravío de las espaldas publicaciones, pues en el diasucciona que, por entregarse a los concurrentes, cuando todavía no estaban encuadernadas, era mui fácil que los lectores se robasen los números en que venia algo que les interesaba, abuso vituperable, que por desgracia en la actualidad se cometia frecuentemente.⁹⁵

Me parece importante, para la discusión de la Biblioteca en tanto organismo público, la controversia que hubo sobre este artículo del reglamento. Por un lado, el señor Barros Arana -experto en la materia- proponía salvaguardar los intereses de las imprentas y los del patrimonio de la biblioteca en desmedro de los lectores. Por el otro, el secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Miguel Luis Amunátegui, señaló:

El secretario espuso que, siendo tan poca la aficiona la lectura que había todavía en Chile, era de opinión que convenia fomentar de todos modos aun el gusto a la lectura de las noticias del día i de los artículos de crónica; que fuera de esto, eran contadas las personas que conservaban los diarios después de leerlos, de manera que cuando se necesitaban a los ocho o quince días de su aparicion, solo se podían encontrar en la biblioteca nacional: que este establecimiento era también el único en Santiago donde había ejemplares de los periódicos que por lo tanto, si en la biblioteca no se proporcionaban los periódicos sino transcurrido mucho tiempo después de haber salido a la luz, se privaría de las noticas que en ellos se consignan a los que haya menester para sus negocios o trabajos científicos i literarios; i por ultimo, que el medio de evitar, sin prejuicio del publico, la destrucción de los periódicos que era que los empleados de la biblioteca los contasen uno por uno cuidadosamente al entregarlos a los lectores⁹⁶

Sin duda, esto da cuenta del rol público de la biblioteca pero deja entrever que este fue entendido de manera distinta por los miembros del Consejo. Los argumentos de Amunategui se imponen en la discusión. Una vez aceptado el reglamento, se pasa a manos del Ministro de Justicia e Instrucción Pública para que este lo aplique por decreto. Haciendo énfasis, los miembros del Consejo, en que “se había cuidado de que sus

⁹⁵Ibíd. Pg. 808.

⁹⁶Ibíd.

disposiciones fueran aplicables, no solo al local en que ahora se encuentra dicho establecimiento sino también a cualquier otro a que fuera trasladado”.⁹⁷ El Ministro responde ciertas observaciones a lo propuesto por el consejo, señalando que en el proyecto del nuevo reglamento “aun no se han decretado los sueldos necesarios para plantearlo, se acordó ponerlo desde luego en práctica en aquella parte que fuese posible, i hacerlo imprimir en un cuadro que deberá fijarse en la Biblioteca Nacional”.⁹⁸

A esto agrega, el señor Ministro que:

Habiendo expuesto el Secretario que no se había pasado al Ministerio de Instrucción pública el oficio acordado en la sesión de 12 del actual para pedir al Supremo Gobierno que se consulten en el presupuesto de 1863 los sueldos que son absolutamente necesarios a fin de poner en práctica el nuevo reglamento de la Biblioteca Nacional, por haberse notado que entre las cantidades enumeradas no había ninguna para la adquisición de nuevas obras i la satisfacción de los demás gastos ordinarios del dicho establecimiento, se acordó expresar al señor Ministro del ramo que el que los sueldos solicitados eran sin perjuicio de lo que había de asignarse para compra de libros con otros gastos indispensables.⁹⁹

De alguna manera, el reglamento vino a trazar líneas sobre cómo debía ser el correcto funcionamiento de la biblioteca, y cuáles eran los propósitos del espacio. Sin embargo, la regulación tuvo que liderar no sólo con la falta de presupuesto para aumentar el número de empleados e implementar las normativas del espacio, sino que también con la estrechez del espacio que impidió luego de un tiempo crear los nuevos departamentos y seguir con una correcta colocación de libros en los estantes.

Por último, en la discusión del nuevo reglamento no sólo se planteó la necesidad de construir nuevos catálogos y dividir la biblioteca en nuevas secciones, sino que además se acordó introducir papeletas para que los usuarios manifestaran sus pedidos. Sin duda, la incorporación de este papel no sólo da cuenta de nuevas prácticas al interior del espacio - como lo es anotar nombres y firmar el recibo- sino que también permitió llevar una contabilidad de los usuarios del espacio.

⁹⁷ *Ibíd.* Pg.810

⁹⁸ *Ibíd.* 291

⁹⁹ “Anales de la Universidad de Chile”.1862. Santiago. V:19. Pg.62

Desde el 1 de octubre último se puso en observancia el nuevo reglamento decretado para esa Biblioteca, i en conformidad de sus prescripciones se están haciendo los trabajos preparatorios para reducirla a las secciones en que debe quedar dividida, i para la colocación de la segunda, que contendrá los libros americanos i relativos a su historia. Habiéndose hecho imprimir recibos conforme a lo dispuesto por el reglamento para que los concurrentes pidan los libros que necesiten, se vé por ellos que se han consultado desde el 1 de octubre último hasta el 1 de mayo de este año 801 obras sobre historia, literatura, jeografía, periodicos, etc. No ha bajado la concurrencia diaria de 20 a 30 personas, como en el año anterior.¹⁰⁰

Por último, en la discusión del nuevo reglamento no sólo se planteó la necesidad de construir nuevos catálogos y dividir la biblioteca en nuevas secciones, sino que además se acordó introducir papeletas para que los usuarios manifestaran sus pedidos. Sin duda, la incorporación de este papel no sólo da cuenta de nuevas prácticas al interior del espacio - como lo es anotar nombres y firmar el recibo- sino que también permitió llevar una contabilidad de los usuarios del espacio.

Edificio

El edificio que ocupó la BN durante los años que me propongo estudiar (es decir, entre 1852 y 1879) estuvo ubicado en la esquina de las calles Bandera y Catedral en el centro de Santiago. El lugar corresponde hoy a los jardines del ex Congreso Nacional. El palacio de adobe de dos pisos de altura se construyó para ser utilizado por instituciones nacionales. Por él pasaron la Universidad de Chile, los Tribunales de Justicia y el Museo Nacional. Sin embargo, desde la década del cincuenta se sabía que el edificio iba a ser destruido, pues el terreno en el cual se levantaba debía transformarse en el patio del nuevo Congreso. Hacia 1875, el lugar estaba ocupado sólo por el Museo Nacional y la BN; el resto de las instituciones ya habían sido reubicadas en nuevos edificios.

De alguna manera, la sensación de estar habitando un lugar de tránsito se evidenció de múltiples formas. Esto se hizo más conflictivo cuando en la década del sesenta el edificio ya no dio abasto y se transformó en un lugar estrecho, poco apto para almacenar los miles de libros que contenía la Biblioteca.

¹⁰⁰ *Ibíd.* Pg. 416

El aumento progresivo de los objetos del Establecimiento va haciendo cada día más insuficiente el local en que existe, el que, además, ha sido necesario reparar últimamente por el mal i aun peligroso estado en que se encontraba. Es pues urgente arbitrar el modo de ensancharlo algo, para colocar debidamente las interesantes colecciones que posee.¹⁰¹

El espacio bibliotecario ocupó el primer piso del mencionado edificio. Seis salas estuvieron a su disposición. Al final del período que estudio, cuando el edificio ya no dio más abasto, los libros también se colocaron en los huecos de las ventanas y en cajones apilados en el patio de la casa. Las salas fueron divididas –la mayor parte del tiempo- en dos departamentos, pues no había espacio para habilitar el resto. El primero de ellos estaba compuesto por tres salas. La primera estaba habilitada para la lectura con algunos libros en sus paredes y medía 15,9 metros. La segunda, con libros por sus cuatro costados y en su centro, medía 28 metros y, la tercera, bastante más pequeña, también se utilizó exclusivamente para almacenar libros. El segundo departamento era bastante más estrecho. También lo componían tres salas. Una, de lectura con libros en los cuatro costados y en su centro, la cual medía 15,9 metros; otra destinada a la Oficina de Canjes (desde 1871), la cual contaba con libros en todas sus paredes y en el centro, con una extensión de 8,95 metros; la última se habilitó, para almacenar los libros que debían enviarse al extranjero, con un largo de 5,25 metros.

De este modo, el bibliotecario Ramón Briseño señalaba que:

La superficie total del actual edificio ocupado por la biblioteca alcanza, pues, 2089 metros. Ya podrá usted figurarse cuan agrupados i confundidos deben encontrarse los libros i demás objetos en tan estrecho local. Por este motivo se trata de que el nuevo a que se haya de ser trasladado el establecimiento, sea doble por lo menos.¹⁰²

En estos salones se ubicaron 35 estantes de distintas formas y dimensiones, los que, según el mismo Briseño, ocuparon una longitud de 200 metros lineales. Se calculaba que hacia finales del período en que la BN estuvo bajo la tutela de la Universidad de Chile, los libros apilados en el patio y en los pasillos ocuparían estantes cuya longitud sería de 44

¹⁰¹ *Ibíd.* Pg. 416

¹⁰² BRISEÑO. 1875. “Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional”. *En:* “Anales de la Universidad de Chile.

metros. Para la colocación de los libros arrumbados en el nuevo edificio se tenía la cuenta del tamaño de los estantes que debían mandarse a construir.

Los treinta i cinco estantes que ahora existen en la biblioteca, representan una superficie de dos mil ochenta i nueve metros cuadrados; pero como deben agregarse nuevos estantes que midan una longitud de cuarenta i cuatro metros cincuenta centímetros lineales; i como los estantes existentes se hallan mui recargados de libros, i como es de suponerse que la Biblioteca siga en el mismo orden de acrecentamiento, es indispensable calcular para los estantes de la biblioteca una superficie doble que la que ahora tiene, esto es, una superficie de cuatro mil ciento sesenta i ocho metros cuadrados¹⁰³.

Los libros ordenados en los estantes debían ser espolvoreados con alcanfor o pimienta para evitar que las polillas hicieran daños. También fue necesario protegerlos de las ratas con trampas entremedio de los muebles. El vidrio en los estantes sirvió para aislar y proteger a los libros del polvo e insectos, y también de los lectores. Al parecer estos últimos resultaron ser más peligrosos pues, debido al bajo presupuesto, sólo los estantes ubicados en los salones de lectura contaron con mamparas de vidrios. El trabajo al interior de la biblioteca también fue condicionado por este tipo de agentes: “Solamente como una tercera parte del número total de estantes tiene vidrieras, i a pesar de esto se sacuden continuamente. Los que no las tienen son sacudidos con amas prolijidad, de alto a bajo i en todas direcciones, i ademas cada libro es expolvoreado de vez en cuando”¹⁰⁴.

Finalmente, me parece importante señalar que, a partir de las discusiones en torno a la futura ubicación de la BN, es decir, sobre si esta se trasladaría al ex Consulado -adaptado para eso- o al segundo piso del Congreso Nacional, podemos pesquisar los elementos que parecían relevantes a la hora de pensar en un nuevo espacio bibliotecario. Los proyectos de traslación fueron estudiados por el bibliotecario Ramón Briseño y el arquitecto Manuel Aldunate. En general, se vio un marcado interés del bibliotecario por que el destino del espacio fuera al ex Consulado. Un argumento a favor del edificio del ex Consulado fue la posibilidad de construir ventanales en el techo. La entrada de luz natural desde ese ángulo resultaba atractiva para el bibliotecario.

¹⁰³ “Anales de la Universidad de Chile”. 1877. Santiago. V:54. Pg. 623

¹⁰⁴ BRISEÑO. 1875. “Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional”. En: “Anales de la Universidad de Chile.

Sobre este tema, señaló:

La luz natural no debe entrar por ninguno de sus costados, a causa de que así hiere la vista i no baña los salones en todo su ámbito, lo que no sucede entrando de lleno por el techo mediante grandes claraboyas de cristal. La nuestra en tal caso tendría una gran rotunda, equidistante de todas las partes del edificio [del ex Consulado] i que fuera capaz de contener 200 a 300 lectores a la vez¹⁰⁵

Se establecía que la biblioteca debía estar en un lugar céntrico, cerca de la catedral, del poder ejecutivo y judicial. Si bien ambos edificios cumplían con estos requisitos, el palacio del Congreso no poseía una gran sala habilitada para lectura y la luz entraría solo por puertas y ventanas laterales. La otra complicación del edificio fue que las sesiones de los parlamentarios duraban hasta bien entrada la noche, siendo las lámparas de mecha un verdadero peligro para los libros, pues podían provocar un incendio que tendría consecuencias invaluable. Por último, el tamaño de ambos edificios doblaba al que en ese entonces se ubicaba la Biblioteca con más de 4000 metros cada uno, pero para el caso del ex Congreso, las disposiciones de las salas harían que los mesones de lectura estuvieran bastante lejos de los estantes donde se almacenarían los libros, lo que implicaría que los funcionarios tuvieran que caminar extensos tramos para buscar un solo libro. Escribe Briseño:

Calculando la distancia que debe recorrerse para ir del centro de este salón hasta el centro del salón situado sobre el vestíbulo de la calle de la catedral, habrá que atravesar un camino de ciento veintiun metros. Por lo tanto, el empleado que debiera entregar un libro colocado en el extremo opuesto, i en seguida restituirlo a su lugar, tendría que andar cuatrocientos ochenta i cuatro metros, o sea cerca de cuatro cuadras.¹⁰⁶

La biblioteca como centro

Las entradas de objetos bibliográficos al centro de cálculo se dieron mediante distintos tipos de adquisiciones. Las compras, canjes, donaciones, ley de propiedad intelectual y depósito legal permitieron que el espacio se dotara de textos que llegaron mediante la articulación de redes de circulación de objetos bibliográficos. Busco dar cuenta de los procedimientos y el trato que se les dio a los diferentes objetos bibliográficos una vez

¹⁰⁵ *Ibíd.* Pg. 470

¹⁰⁶ BRISEÑO. 1875. "Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional". *En*: "Anales de la Universidad de Chile.

arribados al edificio como también, de las formas en que se dieron las transacciones que permitieron el aumento de libros de la BN.

En 1861 Benjamín Vicuña Mackenna envió una nota al Consejo Universitario para ofrecer en venta a la BN: una colección de libros de interés americano cuyo número alcanzaba los 3176 volúmenes y cuyo valor era de doce mil pesos.¹⁰⁷ Luego de discutir y evaluar los títulos de los volúmenes, se seleccionaron 1606 de obras relativas a América, por la suma de 5021, pagando anualmente cifras de 1000 pesos. En un informe sobre la BN se escribía sobre aquella que “entre estas obras hai muchas de grande interés histórico y jeográfico, i algunas sumamente raras, verdaderas curiosidades bibliográficas, que el señor Vicuña había podido reunir merced a pacientes investigaciones o a felices casualidades en sus viajes por Europa i America”, además se agrega que “El señor Vicuña Mackenna ha obsequiado a la Biblioteca treinta i nueve volúmenes de obras también referentes a la América, i veinte volúmenes que contienen mas de doscientos folletos peruanos”¹⁰⁸

Observo que las bibliotecas privadas se convirtieron en verdaderos tesoros al interior de circuitos letrados y cómo los mismos poseedores de diversas colecciones sabían de la importancia de su patrimonio. ¿Cómo los sujetos negociaron parte de su acervo documental y cómo donaron algunos impresos?

Resulta ilustrativa, para identificar los cambios que sufrieron las prácticas en torno a colecciones una vez que ingresaban a la BN a lo largo del periodo que estudio, la adquisición de la biblioteca de Andrés Bello. El Rector de la Universidad de Chile fallece en 1865, en pleno ejercicio de su cargo. Contó con una biblioteca particular de más de 1500 volúmenes. A los pocos días de su muerte, el Consejo Universitario discutió las formas para obtener su colección. La comunicación con su familia fue fundamental y para esta tarea fue elegido Diego Barros Arana, quien tazó los impresos a partir de un catálogo fabricado por él para dar a conocer qué tipo de textos había al interior de la biblioteca de Bello. Comunicó al Consejo Universitario que “según su opinión importaba cuatro mil setecientos pesos; que contenía obras mui selectas e interesantes; particularmente de

¹⁰⁷ “Anales de la Universidad de Chile”. 1861. Santiago. V:19. Pg. 696

¹⁰⁸ Anales de la Universidad de Chile”. 1862. Santiago. V:21. Pg. 339

Filología i de filosofía; i que creía mui ventajoso el que fuese compra, bien fuese para unirla a la Biblioteca Nacional, o bien para agregarla a la de la Universidad¹⁰⁹”. El Consejo decidió comprar este acervo para enriquecer a la Biblioteca como “para tributar un homenaje a la memoria del señor Bello”¹¹⁰. Me parece importante dar cuenta de que, en este caso particular, la discusión en torno a si estos libros entraban a la BN o a la biblioteca del Gabinete Universitario se vio reflejada en las discusiones que quedaron registradas en las actas de las sesiones del Consejo.¹¹¹. Así, y debido a que la biblioteca universitaria contaba con muchos menos fondos que la nacional, se acordó, finalmente, exponer al Ministro que adquirían el fondo general para la BN y sólo los duplicados de los libros de Andrés Bello para el gabinete universitario.

La familia de Bello solicitó a los miembros del Consejo que la Biblioteca del difunto rector no se desarticulara al interior del espacio, manteniéndose completa. Pese a ello, los funcionarios universitarios estimaron que era importante colocar los libros en los estantes según la catalogación imperante y finalmente se disgregó la colección (desde luego, este sistema no se mantuvo por muchos años, como se da cuenta cuando entran los libros de Claudio Gay, Vicuña Mackenna y el mismo Diego Barros Arana). Acá es posible observar cómo el sistema de catalogación -en un momento determinado durante el período que estudio- condicionó la entrada y conservación de un acervo tan rico como el de Bello y cómo, a su vez, este sistema es desechado años después.

Agregó que habían manifestado [la familia] el deseo de que esta biblioteca fuese conservada en su cuerpo, como la del señor Mariano Egaña; pero que, como él les hubiera manifestado que esto era imposible por motivo del orden que debía conservarse en la Biblioteca Nacional, habían limitado su petición a que en cada

¹⁰⁹ “Anales de la Universidad de Chile.” 1867. Santiago. V:29. Pg. 894.

¹¹⁰ *Ibíd.* Pg. 895.

¹¹¹ He podido observar a lo largo del estudio de la revista universitaria que, la elección del lugar donde iban a parar los objetos bibliográficos (es decir: entre la biblioteca del gabinete universitario o la BN) no tenían fundamentos claros. Puedo afirmar que los libros de Andrés Bello se depositaron en la BN no porque existiera una intencionalidad de dotar a estos impresos de un rol público, sino porque había más presupuesto para realizar esta compra que en las arcas de la biblioteca universitaria. De hecho, sólo las ediciones de textos que tenían duplicados fueron adquiridas por el gabinete gracias al acuerdo del Consejo. Dichos textos se encuentran hoy en el Archivo Andrés Bello de la Universidad de Chile.

volumen se consignara una inscripción en la cual se expresase que había pertenecido al señor Bello¹¹²

Una vez que la biblioteca de Bello entra al espacio, los libros tuvieron que ser catalogados por los funcionarios bibliotecarios y colocados en los estantes según la organización imperante. Se le ofreció a la familia que, los libros, serían timbrados señalando que el objeto había pertenecido al Rector. Una vez que ingresan los libros a la BN, Ramón Briseño -bibliotecario del recinto- señaló que la información inscrita en el catálogo elaborado por Barros Arana para tazar a los impresos no era lo debidamente prolija, solicitando al consejo retrasar la firma del contrato, pues era necesario ponerle precio según el número correcto. A pesar de estas indicaciones, la transacción no se suspendió y se compraron las obras sin tener certeza de por cuántos libros estaba compuesta la biblioteca.

Hace indicación [en una carta enviada por el bibliotecario al secretario de la universidad] para que el consejo no perfeccione el contrato de compra de la biblioteca del señor don Andrés bello hasta que recibida su informe sobre la falta de una que otra obra espresada en el catálogo, que no le ha sido entregada, i ciertos errores de sumas¹¹³.

Es posible apreciar también cómo a lo largo del período que estudio fueron incorporándose a la BN las bibliotecas de otras oficinas y personas particulares. De este modo, el espacio bibliotecario absorbe a las pequeñas bibliotecas institucionales y se perfiló como un lugar apto para el resguardo de objetos bibliográficos. El 4 de noviembre de 1871 se disolvió la Biblioteca del Gobierno y se envió a la Nacional la cantidad de 2230 textos. El año 1874 el naturalista Claudio Gay donó 3924 obras a este espacio. En 1876 el director del recinto escribía un informe sobre el estado de la BN, señalando:

Debo contar igualmente en este grupo de adquisiciones la incorporación a la Biblioteca Nacional de la existencia de la antigua Biblioteca de los Tribunales, con la cual se han recibido mil seiscientos volúmenes de jurisprudencia; i el recibo de los libros que legó el finado don Claudio Gay. Estos últimos constan de tres mil novecientas veinticinco piezas; pero como muchos de ellas son simples opúsculos de pocas pajinas, i algunas otras son obras que se han recibido descabaladas, puede calcularse que una vez reducidas a volúmenes regulares i útiles, su número pasará

¹¹² “Anales de la Universidad de Chile.” 1867. Santiago. V:29. Pg. 980

¹¹³ *Ibíd.* Pg. 980

apenas de mil. Habrá también que agregar el fondo de la biblioteca del señor don Ignacio Víctor Eyzaguirre, que este ilustrado sacerdote legó generosamente a la Biblioteca Nacional¹¹⁴

No solo libros fueron enviados a la BN sino que también documentos que eran parte de viejos archivos institucionales como lo fue el Tribunal del Consulado o la Real Audiencia, acervo del tiempo de la gobernación colonial que se hallaba en el Ministerio del Interior. Así, la biblioteca se perfiló como un espacio capaz de resguardar objetos de alto valor para la nación. Señalo que en aquella época no había una diferenciación

El señor Vargas Fontecilla manifestó la posibilidad i la conveniencia de trasladar muchos de los papeles pertenecientes al archivo del antiguo consulado a la biblioteca nacional, en donde podrían ser clasificados i debidamente encuadernados, para que las personas estudiosas puedan consultarlos con facilidad i comodidad. El consejo aceptó en todas sus partes la indicación del señor Vargas Fontecilla.¹¹⁵

A pesar de estas disposiciones, la biblioteca de los tribunales tuvo que ser reabierta al público ya que por la estrechez del edificio no pudo ser trasladada y esta quedó depositada en una de las salas de los Tribunales de Justicia, sin que el público pudiera utilizarla¹¹⁶. Del mismo modo, no fue posible el aumento de ciertas colecciones y la realización de ciertas funciones. Podemos observar cómo se esperaba que la biblioteca cumpliera un rol de archivo durante los años que estudio, pero que la falta de espacio lo impidió en gran medida.

Tan pronto como la biblioteca sea trasladada a un local mas estenso, será necesario trasportar a ella los libros copiadorees i los expedientes relativos a la época colonial i a los primeros años de la época republicana, documentos que ahora se hallan esparcidos en distintas oficinas, donde los aficionados a los estudios históricos pueden consultarlos con dificultad, donde corren riesgo de perderse¹¹⁷

Finalmente, señalo que a pesar de las limitantes económicas con las que tuvo que lidiar el espacio para generar prácticas bibliográficas en torno a los objetos, es posible pesquisar la institucionalización de ciertos elementos. En 1871, por ejemplo, se habilita la Oficina General de cambios de publicaciones al interior de la BN, la que sería responsable

¹¹⁴ Anales de la Universidad de Chile” 1876. Santiago. V:50 (1). Pg. 361

¹¹⁵ “Anales de la Universidad de Chile” 1875. Santiago. V:47. Pg. 273.

¹¹⁶ Anales de la Universidad de Chile”. 1878. Santiago. V:54. Pg. 275

¹¹⁷ “Anales de la Universidad de Chile”. 1877. Santiago. V:52. Pg. 620

de realizar las labores que antes desempeñaba el Consejo Universitario en materia de intercambios (si bien este nunca dejó de generar vínculos con otros centros, dichas tareas fueron encarnadas con mayor sistematicidad por esta oficina luego depuesta en marcha). Esto da cuenta de la autonomía que va ganando el espacio en relación con la Universidad. De este modo, es posible establecer cómo los canales de intercambio bibliográfico se institucionalizan al interior del mismo espacio haciéndolos más estables por medio de la creación de este tipo de oficinas. En 1871 se discutía:

El mismo señor Barros Arana manifestó que el señor don Felipe López Netto enviaba, según comunicaciones que acababa de recibir, una nueva remesa de libros brasileros, sumamente interesantes, para la Biblioteca Nacional de Santiago.

Con este motivo, se acordó dar los pasos necesarios para que cuanto antes se correspondiese al señor LopezNetto con una nueva remesa de publicaciones chilenas, invitando al efecto a los escritores nacionales para que proporcionen ejemplares de sus obras, que podrán entregar al jefe de la oficina jeneral de cambio de publicaciones don Ramon Briseño.¹¹⁸

Catálogos

Había que atravesar medio a medio la sala octógona por un camino de alfombra y llegarse al mesón alto y ancho, alzado al fondo, con unas personas sentadas tras él, como los jueces de un tribunal. Se les pedía una papeleta. Se consultaban después unos volúmenes cortos y gruesos, cuyo contacto ya producía fiebre: eran catálogos, los ricos catálogos de la Biblioteca Nacional, depósito de tentaciones, lista de manjares sin término apretados en todas las páginas. ¿Qué se han hecho esos catálogos? Ya no los hay. Existen unos cajones amarillos con unas tarjetas. Una tarjeta para cada volumen. Dicen que resulta más práctico, porque se pueden cambiar, quitar, añadir. Posiblemente. A los viejos lectores de entonces no les dan lo mismo, no les despiertan igual apetito. Tal vez porque no les traen recuerdos, no son viejos amigos...

Hernán Díaz Arrieta. Revista Zig-Zag. 1926

Las noticias sobre los catálogos que operaron al interior de la BN durante el período son parciales, difusas y, sobre todo, repletas de alegatos elaborados por el bibliotecario. Los alegatos dieron cuenta de la incapacidad de inscribir en estos soportes la totalidad de los títulos que entraban a la biblioteca. La dificultad de reconstruir los objetos que operaron al

¹¹⁸ “Anales de la Universidad de Chile”. 1871. Santiago. V: 397. 1871

interior de la Biblioteca tiene relación con el desinterés del espacio bibliotecario por conservar parte de su historia a través de la custodia de ciertos soportes (tampoco lo hizo con las fichas de las que nos habla Hernán Díaz, las que funcionaron como sistema de registro y guía para los usuarios hasta finales de 1990, fecha en la que se digitalizaron sus catálogos).

Fernando Bouza dice que “teóricamente la biblioteca ideal era más el orden y asiento de los libros que los propios volúmenes de que estaba compuesta”¹¹⁹. La incapacidad que tuvieron los funcionarios de mantener los catálogos al día con los títulos de los impresos que se iban incorporando a la Biblioteca generó múltiples alegatos. Roger Chartier habla de la frustración que genera “la distancia irreductible entre inventarios, idealmente exhaustos, y colecciones, necesariamente lacunares”.¹²⁰

Considero a la bibliografía como un oficio que media entre estas dos dimensiones. Entre los libros colocados en los estantes y el soporte que les da orden y sentido. De este modo, entiendo la fabricación de catálogos como una práctica asociada al saber bibliográfico, la que nos permite aproximarnos a cómo comprendía la institución a sus objetos inscribiéndolos bajo distintas categorías, las que sirvieron de guía para el orden y uso de los mismos. Este entendimiento, más que ser una práctica asociada a la lógica, estuvo mediado por las condiciones materiales con las que contaba el espacio.

En este sentido, afirmo que la catalogación y las prácticas asociadas a la bibliográfica, están mediadas por las condiciones materiales que hacen posible su funcionamiento. Difiero de lo planteado por Klaus Wagner, ya que entiendo que la articulación e institucionalización de esta disciplina estuvo cruzada por una serie de elementos que dotan de complejidad al oficio del bibliógrafo. Dichos elementos, para algunos considerados externos al oficio, como la infraestructura, el número de trabajadores o el presupuesto. Yo en cambio, señalo que el oficio bibliográfico no puede entenderse sin estos elementos y que es necesario un estudio más acabado de estas prácticas.

¹¹⁹Bouza Álvarez. 1992. “Orden y unidad en las librerías de la Alta Edad Moderna. Pg. 126. En: “Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XVI-XVII)” Madrid. Editorial Síntesis

¹²⁰ Chartier, Roger. 1994. “El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en la Europa entre los siglos XIV y XVIII.” Barcelona. Editorial Gedisa. Pg. 89

Señala Wagner:

(se entiende por) Bibliotecomanía, en lo que la razonable ordenación y colocación de libros se refiere, dicho de otra manera, -cuenta Wagner- de la más eficiente posibilidad de encontrar en el maremágnum de los libros de la biblioteca una determinada obra con la rapidez deseada. Por supuesto depende del volumen de la colección. Tal vez el asunto del orden topográfico sea tan simple que, a pesar de las múltiples posibilidades, no requiere mayores explicaciones teóricas.¹²¹

Fondo General y Biblioteca Egaña

Durante gran parte del período que estudio la BN estuvo dividida en dos departamentos. El primero, denominado general, y el segundo, Biblioteca Egaña. Las noticias que tenemos sobre la organización de estos fondos las dieron principalmente los bibliotecarios. En 1875, Ramón Briseño, conservador de la biblioteca, en respuesta a una carta enviada por el director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, Vicente Quesada, escribe un informe titulado “Noticias históricas i orgánico- estadísticas de la Biblioteca Nacional”¹²². Este texto se erige como el primer intento por entregar información detallada sobre la historia y el funcionamiento del espacio. Frente a la pregunta elaborada por Quesada: “¿Cuál es, en fin, el sistema adoptado para la clasificación de los libros i la formación de sus catálogos, así como para la organización i el servicio interno del establecimiento?”, Briseño responde:

Para completar este interrogatorio faltan las dos preguntas siguientes: ¿Cuál es el orden que se observa en la colocación de los libros en los estantes? ¿Cuál es el numero de lectores que actualmente concurren a la Biblioteca? -A ellas contesto, que éstos alcanzan a mil por mes; i que en la colocación de los libros hai dos sistemas, de cuya comparación práctica debe resultar cuál es el mas conveniente i económico de lugares que en definitiva ha de adoptarse en la próxima traslación de la Biblioteca. En el segundo de sus departamentos ese orden está determinado por los formatos; en el primero, por las materias.¹²³

¹²¹Wagner, Klaus. 2004 “La Universidad de Sevilla” En: CATEDRA, Pedro y LOPEZ, María Luisa. “La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América. Tomo II.” Instituto de historia del libro y de la lectura. Biblioteca universidad de complutense. Pg. 266. (El subrayado es mío).

¹²² BRISEÑO. 1875. “Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional”. En: “Anales de la Universidad de Chile.

¹²³ *Ibíd.* Pg. 466

La respuesta da cuenta de los elementos que condicionaron la fabricación y uso de los catálogos, tales como: las materias en las que se dividió, el tamaño de los olibros, los lectores, el presupuesto entre otras.. Los catálogos nos dan luces para comprender cómo entendía la institución a sus objetos y para aproximarnos a la organización del espacio en aquella época, ya que mediante estos se hizo posible el gobierno de los impresos. Su principal función consistió en ser el mapa de aquellos que emprendieron la labor de encontrar un libro. A través de ellos, también, el público del espacio se vinculó con el *maremágnum* de textos que se resguardó entre sus muros.

Durante el período que estudio, existieron varios catálogos que se fabricaron y utilizaron al interior de la biblioteca de manera sucesiva. Sabemos que antes de 1852 -año en que la BN se incorpora a la Universidad de Chile- el espacio bibliotecario contaba con un catálogo formado en 1846 por García-Huidobro y que agrupaba a los libros del Fondo General¹²⁴ (dicho catálogo estuvo en manuscrito hasta su fecha de impresión, en 1854). El segundo departamento, adquirido luego de la muerte de Mariano Egaña en 1846, permaneció cerrado hasta 1854, año en que se abrió al público y se terminó de ordenar y catalogar sus impresos. El catálogo de esta sección estuvo dividido por materias (las mismas que sirvieron de guía para el orden del primer departamento) y los libros en los estantes se colocaron en función de sus tamaños.

Los catálogos fabricados y utilizados por los lectores y funcionarios del espacio variaron a lo largo de la administración universitaria. Sin embargo, el orden de los objetos no se vio modificado profundamente a pesar de lo establecido en el reglamento aprobado en 1861. Con motivo de la elaboración de esta nueva normativa, Lastarria le escribe al Ministro de Justicia e Instrucción Pública señalando:

La división de la Biblioteca en las seis secciones que dispone el nuevo Reglamento, hace necesario remover todos los libros del lugar que ocupan, i hacer una alteración completa en los catalogos. La ejecución de uno i otro trabajo demandaría algún tiempo durante el cual tendrían los lectores que privarse de la concurrencia al establecimiento. Para obviar este inconveniente se está haciendo la separación de los catálogos con los útiles a propósito que se han encargado a Europa; aunque la

¹²⁴ El gobierno le pide a Mariano Egaña que confeccione un catálogo el año 1839, siendo concluido en 1846. Lo cierto es que una vez que la BN pasa a estar bajo la tutela de la Universidad se imprimen los catálogos.

circunstancia de no estar completa la dotación de empleada de este establecimiento, dará motivos siempre a demoras inevitables.¹²⁵

A pesar de estas indicaciones, el orden de los libros no se vio modificado durante los años que abarca mi investigación. La falta de presupuesto para el pago de funcionarios que se dedicaran a esta labor y la estrechez del edificio (el que se fue haciendo más pequeño a medida que entraban más impresos) impidió que se modificaran la ubicación de los libros. A lo largo del período que estudio, en la Biblioteca Egaña los libros estuvieron ordenados según sus tamaños. Contó con una sola pieza y sus volúmenes ascendieron a 8876. Puedo establecer que el orden del Fondo General estuvo determinado por materias. Según los escritos de Briseño, la repartición al interior de las piezas que ocupó fue la siguiente:

- ➔ “Pieza 1. Biblias-padres de la iglesia- predicables-expositores- ascéticos-teología moral- teología dogmática y escolástica- derecho canónico
- ➔ Pieza 2. derecho civil, derecho público, natural y de gentes, economía política, política, filosofía, física, química, medicina y cirugía, historia natural, mineralogía, botánica, agricultura, matemáticas, guerra, marina, industria, artes y comercio, viajes, geografía y descripciones, historia civil, historia eclesiástica, biografía, romances, mitología, cronología, retórica, lenguas, poesía, literatura crítica, erudición, variedades, miscelánea y variedades, liturgia
- ➔ 3 pieza. Manuscritos, impresos publicados en Chile, clásicos. Sobrantes de todas las obras que no encuentran colocación entre las materias.”¹²⁶

Agrega Briseño que:

Fuera de sus dos únicos catálogos impresos (hacia 1864), solo tenía 33 manuscritos, todos imperfectos, hoy posee 100 catálogos manuscritos de distintas clases y para objetos diversos, que faciliten el hallazgo de las obras que se buscan, hechos en gran parte con sujeción a los preceptos del arte bibliográfico. A dos de estos principales he mi atención: el del departamento Egaña que está concluido y por imprimirse, y el de las

¹²⁵ “Anales de la Universidad de Chile.”. 1861. Santiago. V:22. Pg.796

¹²⁶“Anales de la Universidad de Chile. 1862. V:22. Pg. 295.

obras chilnas i americanas que ya van en mas de la mitad. A los catalogos impresos en 1854 he formado suplementos, también impresos ya en numero de 7.¹²⁷

Disputas en torno a las categorías

Me parece importante dar cuenta de que a lo largo de la administración universitaria vemos una transformación en las categorías que operan al interior de los catálogos. Estos conflictos nos proporcionan luces para entender el conocimiento que se generó en torno a los impresos; las maneras en que la institución entendió a sus objetos bibliográficos. Si bien en las discusiones del reglamento implementado en 1861 se señaló que el orden de los textos encuadernados y depositados en los estantes debía cambiar junto con la nueva organización de los catálogos, se crearon secciones y se dieron indicaciones de cómo debían ser fabricados los objetos bibliográficos, en la práctica esta tarea resultó más compleja. Tres de los 24 artículos con los que contó el nuevo reglamento hablan sobre la organización del espacio en relación al catálogo. A continuación los señalo:

Art. 10 la biblioteca se dividirá en las siguientes secciones: 1. La denominada egaña, 2. La de libros hispano-americanos i relativos a la america española- 3. La de teología, filosofía i jurisprudencia; 4. La de ciencias i artes; 5. La de bellas letras, historia, geografía, i viajes. I. 6. La de manuscritos, estampas i medallas. cada sección se subdividirá además, según la estension de sus materias, a juicio del bibliotecario.

Art. 12 Habrá dos catálogos de los libros de la Biblioteca Nacional: uno jeneral alfabetico por nombre de autores, que contenga el título completo de la obra, edición i fecha, i otro suscinto que corresponda a las secciones i subdivisiones de que habla el articulo 10, i en el cual se harán las debidas referencias al catalogo general.

Art. 13. La colocación de los libros en los estantes corresponderá al órden del catálogo de la respectiva sección i a la numeración que este dé a las obras, que será la misma del catálogo jeneral.

Si bien en esta nueva normativa se crearon secciones nuevas y se dieron directrices sobre cómo debía ser el orden de los libros, lo cierto es que las modificaciones sólo se dieron al interior de los objetos bibliográficos, pues el orden de los libros se mantuvo en los estantes y sólo se agregaron a ellos más impresos. Los departamentos Egaña y General continuaron funcionando en paralelo (solo en la década del 70 se creó el Departamento Eyzaguirre y la Oficina de Canjes Nacionales e Internacionales). Las trasformaciones de los

¹²⁷ BRISEÑO. 1875. "Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional". En: "Anales de la Universidad de Chile. Pg. 467

catálogos ocurrieron luego de que, en 1864, el bibliógrafo Ramón Briseño se transformara en funcionario del espacio ocupando el cargo de bibliotecario.

Bajo su administración los soportes se modificaron. Los dos departamentos fueron agrupados bajo dos tipos de catálogos, una general y la otra especial. El primero de estos, a su vez, fue compuesto por tres catálogos distintos: uno ordenado por orden alfabético de los apellidos de los autores (y a falta de estos, de los títulos de las obras). El segundo, por orden de materias y, el tercero, por orden de colocación de las obras en sus respectivos estantes.¹²⁸

Doy cuenta de que las divisiones de materias al interior de los catálogos existían antes de que la biblioteca estuviera bajo la tutela de la Universidad, pero lo que se entendía por ellas varió una vez suscitada la discusión sobre el nuevo reglamento en 1860. Desde esa fecha las materias tuvieron estrecha relación con las Facultades fundadas en la Universidad de Chile. De este modo, existieron 5 ámbitos del saber inscritos como categorías en los catálogos: 1) Filosofía i Humanidades, 2) Ciencias Matemáticas i Físicas i Naturales, 3) Ciencias Médicas, 4) Ciencias legales Políticas o administrativas, 5) Teología i ciencias sagradas. En su interior se agruparon los distintos géneros del saber humano.¹²⁹

Los dos primeros catálogos generales elaborados por Briseño se mandaron a imprimir, pues -en palabras del bibliógrafo- “tienen por objeto el satisfacer una necesidad del servicio de la biblioteca, cuyos concurrentes han de pedir las obras por autores o por

¹²⁸Escribe Briseño: “El primero de los catálogos se formó de manera razonada y dan cuenta de la información que era necesaria obtener de los impresos. Apellido y nombre del autor, el del traductor, mejoradores de la obra, pero es pos del título, título del obra en el idioma mismo que aparezca publicada. Numero de volúmenes, su formato y clase de encuadernación. Lugar y año de la impresión. Numero de la edición si tiene mas de una e imprenta en donde se hizo. Cuando tenga mapas, estados o retratos alguna otra circunstancia especial quedara anotada, y si es anónima inscribirse en el lugar que en el alfabeto le corresponda según la primera palabra del título, excluyendo el artículo con que principie para colocarlo en pos de aquella, entre paréntesis se pondrá el título sin artículo. Este catálogo debe llevar dos márgenes. El de la izquierda para que en el sobresalga la numeración general de la obra, i el el sangrado la primera palabra correspondiente al autor o título de cada una de ellas. El de la derecha, para que otras tantas columnas verticales aparezcan a primera vista estas circunstancias: 1º El número de volúmenes; 2º, letra distintiva del estante i numero de casilla o tabla en donde se encuentra, i 3º. Numero de orden de que dicha casilla ha cabido la obra”. Ver: BRISEÑO. 1875. “Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional”. En: “Anales de la Universidad de Chile. Pg.472

materias”.¹³⁰ El tercero, señala el bibliotecario, permaneció manuscrito y se destinó exclusivamente al “servicio interno o privado del establecimiento”, es decir, para guiar los inventarios, balance e inspección del jefe¹³¹. Haciendo referencia al primero daba cuenta de tres elementos indispensables para el orden. “1) Numero de volúmenes de cada obra. 2) Letra del estante i numero de la casilla o tabla del mismo en que se encuentra colocada i 3) Orden numerico que en dicha tabla le ha cabido respecto a las demás obras en ellas contenidas”¹³²

La segunda clase de catálogos, es decir, la especial, estuvo compuesta por un sinfín de volúmenes que dieron cuenta de las materias y secciones en que estaba dividida la biblioteca al interior de los soportes. Pienso que es mediante este tipo de objetos donde podemos pesquisar las maneras como se entendían los textos. Los catálogos de uso interno agruparon a los impresos –en palabras de Briseño- de la siguiente manera: Obras europeas del primer departamento y segundo departamento, ‘obras americanas’ de uno y otro fondo, ‘obras chilenas’ de la Biblioteca General y de la Biblioteca Egaña. ‘obras raras, curiosas, manuscritos’ de cada uno, ‘obras de continuación i de largo aliento descabaladas; duplicadas, etc.’ Y un catálogo con ‘atlas, llanos, mapas, dibujos de toda clase, estados, cuadros sinópticos,’ Además, las obras fueron clasificadas por idiomas, las americanas por nacionalidades (y a su vez estas por materias, por años, si eran periódicas o no, si estaban agrupadas en un tomo o varios). “Las chilenas, las raras, las curiosas, las manuscritas, por materias u por años”¹³³

Relevante resulta el entendimiento de este soporte como una especie de mapa que sirvió de guía para encontrar libros y condicionó el desplazamiento de los funcionarios entre las piezas y sus estantes. Escribió Briseño en 1873 que “el principal objeto que debe atenderse en esta materia, es proporcionar al que busca una obra el medio de cerciorarse

¹³⁰BRISEÑO. 1875. “Noticias históricas i orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional”. En: “Anales de la Universidad de Chile.

¹³¹Ibíd.

¹³² Ibíd.

¹³³ Ibíd.

pronto de si existe o no en la biblioteca, i facilitar al empleado el medio de encontrarla también pronto, i ponerla del mismo modo a disposición del que la solicita”¹³⁴.

En el mismo informe, enviado al Ministro de Justicia e Instrucción pública, Briseño señala que existen tres planes metódicos barajados a la hora de pensar la correcta distribución de los libros en los estantes del nuevo edificio (el traslado de la biblioteca se concretó recién en 1886). Las opciones fueron 1) ordenar los libros por orden alfabético, 2) por materias o 3) por el tamaño de los volúmenes. Una vez analizadas las posibilidades, se concluyó que el porte de los libros era la más beneficiosa. “La que ofrece mas ventajas es la colocación por tamaños, -señala el bibliotecario- principiando por poner en las tablas bajas de los estantes los folios, i sucesivamente los volúmenes mas pequeños. Esta colocación es tan simétrica como segura.”¹³⁵. Se optó por este sistema, ya que si bien la organización por orden alfabético daba muchas ventajas a la hora de encontrar rápidamente un libro, ofrecía inconvenientes en tanto podía resultar una confusión y daños a los impresos. Apunta que este sistema fue descartado por “tender al deterioro de los estantes i de los libros mismos, i de hacer imposible la internación oportuna de nuevas adquisiciones, a menos de estar volviendo a arreglar toda la colección con una frecuencia perjudicial.” Por último, Briseño creyó que el orden por materias en los estantes tampoco sería beneficioso, pues “obliga a separar o mantener juntas irregularmente las obras de los autores que han escrito sobre diversas materias, i el de que, una vez realizada una colocación de esta especie, ha de suceder que quedan vacios, o demasiado grandes, o demasiado pequeños para las nuevas adquisiciones”.¹³⁶ Estos factores dan cuenta de los elementos que condicionaron el oficio.

Finalmente, el autor da cuenta de que en el proceso de selección del método más adecuado para ordenar los libros había que intentar “en cuanto sea posible, se agrupen metódicamente los diversos libros en conformidad a las reglas de la clasificación aproximativa que se adopte, tomando en consideración las condiciones especiales del

¹³⁴ “Anales de la Universidad de Chile” 1873. Santiago. Pg. 482

¹³⁵ *Ibíd.*

¹³⁶ *Ibíd.*

edificio”. Afirmo entonces que la infraestructura con la que contaba la BN fue determinante a la hora de pensar a los objetos bibliográficos.

Conflicto en el funcionamiento

Las noticias que tenemos sobre el funcionamiento de los catálogos están llenas de alegatos. La dificultad para inscribir en estos soportes los títulos de los impresos encuadernados tuvo dos causas pesquisables. La primera tiene relación con la disminución del presupuesto destinado para el pago de funcionarios, lo que impidió que algunos de ellos se abocaran exclusivamente a la labor de catalogar e inventariar. La segunda está determinada por el tamaño del edificio, en la medida que el acervo documental aumentaba, este se hizo más estrecho, lo que a la larga impidió ordenar correctamente los libros por no contar con espacio para poner más estantes, terminando arrumbados los impresos.

En 1860 José Victorino Lastarria le señala al Ministro de Justicia e Instrucción Pública que:

Con el considerable aumento de libros que ha tenido la Biblioteca en estos últimos años se han llenado los estantes que existen al presente, de modo que aunque la permanencia del Establecimiento en el lugar que ocupa no sea de mucha duración, es indispensable hacer nuevos estantes para contener los libros que se adquirieran en lo sucesivo. Por el mismo, se están rehaciendo los índices por materias i por orden de colocación; pues están llenos de agregaciones con los nuevos libros que se han introducido, lo que ocasiona gran confusión.¹³⁷

Diez años después, en 1870, Diego Barros Arana, decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, escribía en la misma instancia burocrática, es decir, en la cuenta anual enviada al Ministro de Justicia e Instrucción Pública que:

El edificio que ocupa la biblioteca nacional ha llegado a hacerse de tal manera estrecho e inadecuado para las necesidades del establecimiento, que no hai materialmente capacidad para colocar los libros que se adquieren. Es necesario amontonarlos en doble fila en los estantes, sin poder seguir su clasificación un orden riguroso de materias i embarazando por esto mismo el servicio de la biblioteca. Es verdaderamente que el espacioso edificio en que debe dársele una nueva colocación se encuentre aun en vías de construcción.

¹³⁷ “Anales de la Universidad de Chile”. 1861. Santiago V:22. Pg. 797

La biblioteca nacional necesita también, señor ministro, un número mayor de empleados para su servicio. Bajo el estado actual, i contando solo con dos oficiales i una auxiliar, no es posible adelantar en el trabajo del catálogo i demás arreglos interiores; porque esos empleados tienen el deber de atender, al mismo tiempo, a los pedidos de los lectores que frecuentan el establecimiento.¹³⁸

Lectores

La reglamentación elaborada para mediar el espacio bibliotecario también determinó las prácticas de los lectores al interior del edificio. No sólo permitió diferenciar los lugares en donde estos últimos podían transitar, determinó las pertenencias que podían introducir a las salas de lectura y estableció directrices sobre las maneras de leer los textos, sino que también, creó un ambiente que, a juicio de los funcionarios, era el óptimo para el desarrollo de una buena biblioteca.

El número de concurrentes fue condicionado, entre otras cosas, por la cantidad de funcionarios disponibles para vigilar las salas de lecturas y por el horario durante el cual la Biblioteca permaneció abierta al público. Este fue alargado durante los años que abarca mi investigación. En 1857 la Biblioteca abría desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde solo dos días a la semana -estando sus puertas abiertas el resto del tiempo hasta las una del día. Vicente Arlegui¹³⁹, en una nota enviada a la Universidad, daba cuenta de “que en los días lunes i jueves, en que la sala de lectura permanece abierta para el público hasta las tres de la tarde, hai mayor concurrencia que los demás días, el Consejo se persuadió de que era conveniente que la sala permaneciese abierta todos los días hasta la hora indicada”. De este modo, hacia 1875 Ramón Briseño señalaba que la Biblioteca permanecía abierta:

Todos los días de trabajo, desde las 11 A.M. hasta las 4P.M., esto es, cinco horas diarias; exepcto en la temporada de vacaciones, en los cuatro últimos días de la semana santa, i en los cuatro ídem de las fiestas cívicas de septiembre. Actualmente no se abre de noche, pero es cosa resuelta que se abrirá tan pronto como como se haya instalado en el local que se le prepara definitivamente.¹⁴⁰

¹³⁸ “Anales de la Universidad de Chile”. 1871. V:38

¹³⁹ Vicente Arlegui se desempeñó como bibliotecario entre 1844 y 1864. Año en que entra Briseño al espacio. Observo en su figura cómo hay elementos sobre el funcionamiento del espacio que se siguen manteniendo de la administración anterior.

¹⁴⁰ “Anales de la Universidad de Chile”. 1875. Santiago. V:47. Pg. 467

El régimen al que estaban sometidos los lectores no solo reguló los tiempos que podían asistir al espacio, sino que también implicó que los usuarios no pudiesen sacar los libros del establecimiento. En 1870 se escribió un informe del espacio donde se indicaba que:

Aunque seguramente el número de los lectores que concurren a la Biblioteca Nacional se aumentará cada año, no creo, señor Ministro, que este aumento guarde proporción exacta con los progresos que hace la instrucción entre nosotros. Una gran parte de los lectores que concurren a este establecimiento es compuesta de jóvenes estudiantes que buscan en otros libros el desarrollo de las doctrinas que encuentran en los textos elementales. Esos jóvenes frecuentan también la Biblioteca del Instituto, de donde pueden sacar los libros para leerlos en sus casas, i es claro que han de preferir el establecimiento que les proporciona esta comodidad. Además, el comercio de libros ha hecho un gran incremento en nuestro país i el bajo precio a que se espandan nuestras obras las pone, al alcance aun de los compradores de modesta fortuna.

La biblioteca nacional, sin embargo, podría atraer mayor número de lectores si las condiciones del local i el número de sus empleados le permitiesen abrir el salón de lectura durante algunas horas de la noche. Desgraciadamente, bajo el actual orden de cosas, no es posible introducir esta importante reforma.¹⁴¹

Estas modificaciones se vieron condicionados por el presupuesto con que contaba el espacio para desembolsar mayores sueldos a los funcionarios. Además, pienso que el hecho de tener que regular los comportamientos y los modos de lectura a los usuarios por parte de los funcionarios, generó ciertos recelos ya que les quitaba tiempo para realizar labores de orden y sistematización del espacio; lo que da cuenta también, de que había una forma correcta de leer. En 1864 se daba cuenta de que si bien había aumentado el número de libros que se solicitaban en las salas de la BN, no por eso lo había hecho el número de lectores:

que será de diez i seis a veinte diarios: la mucha demanda de libros proviene de que los concurrentes no persisten mucho tiempo en la lectura de una misma obra, habiendo muchos que piden tres o cuatro al día. Esto ocasiona que los empleados estén en un continuo movimiento i tengan con frecuencia que interrumpir los trabajos en que diariamente se ocupan, tales como la renovación de catálogos,

¹⁴¹ “Anales de la Universidad de Chile”. 1870. Santiago. V:37. Pg. 130

formación de índices a las colecciones de impresos que se encuadernan por semestre, i la revista periódica que se hace de los libros de la biblioteca¹⁴²

Además del tiempo de lectura, se reguló qué y cómo debían leer los concurrentes del espacio. Si bien se entiende que fue deber de los funcionarios impedir que los lectores no dañaran los objetos (es decir: no dejaran marcas de ningún tipo), también se estableció que los impresos debían ser consultados con el fin de realizar estudios de distintas índoles, lo que habla del propósito de una biblioteca pública administrada por una universidad. Así, se prohibió el uso de los libros:

con el único propósito de mariposearlos u hojearlos para matar el tiempo o satisfacer una vana curiosidad, como la de registrar sus estampas i retratos; ni introducir a la Biblioteca libro alguno de afuera, a pretexto de hacer confrontaciones i anotaciones. Cuando este caso fuese en realidad necesario, el interesado debe manifestarlo así a alguno de los empleados para obtener el permiso competente, i el empleado que lo otorgue cuidará de apuntar el libro o libros llevados de afuera.

De igual modo, no todos los lectores tuvieron acceso al mismo tipo de obras. La lectura también fue objeto de censura al interior del espacio. Por ejemplo, las obras que contenían láminas que ilustraban distintas materias como las de cirugía, medicina, pintura o escultura sólo debían ser facilitadas a los concurrentes que desempeñaran la respectiva profesión; así también, las obras curiosas, delicadas o raras, también se separaron y se prohibió a los jóvenes el acceso a aquellas como

como los romances, novelas i demás que se conceptúen impías o inmorales, peligrosas, o por lo menos inadecuadas al conocimiento del concurrente a leer, según su edad i clase, sea que cualquiera de otras obras se hallen en volúmenes especiales, o que se registren en periódicos nacionales o extranjeros¹⁴³

En esta misma línea, se prohibió que las obras se intercambiaran de lectores o que fueran trasladadas a otros salones, como también que se le entregara a los usuarios los textos que no estuvieran empastados. Todos los lectores tenían conocimiento del reglamento, pues este figuraba enmarcado y colgado en los salones de lectura. Se establecía, además, que estaba prohibido fumar, conversar y hacer cualquier cosa que

¹⁴² “Anales de la Universidad de Chile”. 1864. Santiago. V:25. Pg. 493

¹⁴³ “Anales de la Universidad de Chile”. 1875. Santiago. Pg. 480

pudiese distraer a los demás, como permanecer de pie, recostado sobre los mesones o con el sombrero puesto. No se permitió la entrada a los sujetos que incurrieron en estas *malas prácticas*, ya que resultaron ser un obstáculo para el correcto funcionamiento.

Por último, quiero dar cuenta de que fue gracias a la implementación de un recibo como parte del proceso necesario para solicitar los libros, discutido y aprobado en el reglamento de 1860, que se pudo llevar una contabilidad sobre los libros y las materias leídas al interior del establecimiento. Fue así como este objeto se perfiló como un medio para comunicar las solicitudes de pedidos a los bibliotecarios, tanto como para llevar una contabilidad de los textos leídos. Sin duda, la introducción de este sistema daba cuenta de la sistematización y regulación de las prácticas lectoras al interior del espacio.

A continuación, una tabla donde se aprecia cómo fue aumentando el número de lectores año a año desde que comenzó el registro.

	E y F	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agosto	Sept	Oct	Nov	Dic	Lectores totales
1861									342	290	146	776
1862	254	136	204	237	264	443	268	283	X	162	153	2402
1863	200	305	366	298	393	496	412	431	403	369	343	4016
1864	280	369	418	379	400	369	375	X	186	151	254	3181
1865	128	171	290	252	348	430	492	249	244	233	207	3044
1866	71	399	302	337	400	370	308	171	262	178	325	3123
1867	68	251	209	305	X	364	441	406	352	439	491	3226
1868	118	332	379	553	586	612	420	407	320	416	478	4621
1869	55	433	556	538	566	600	430	409	300	439	450	4776
1870	61	450	703	672	728	553	472	306	266	296	194	4701
1871	X	X	265	394	315	399	333	242	336	337	264	2885
1872	36	231	306	417	428	427	428	344	594	351	370	3656
1873	96	375	840	X	907	1075	720	581	743	551	570	6464
1874	X	523	1127	1001	1048	829	733	588	632	565	446	7493
1875	126	523	1127	1000	839	870	808	650	708	580	446	7677
1876	125	605	451	1013	838	885	905	573	831	700	483	7389

1877	X	507	921	X	X	942	738	441	X	X	X	1428
1878	197	968	1163	1582	1244	1505	1113	880	1226	1048	1037	11963
1879	272	775	714	914	679	819	1015	963	1001	725	506	8386

Para dimensionar esta información me parece importante dar cuenta que, según los datos del primer censo en nuestro país fechado en 1854, la población alfabetizada a lo largo del territorio era de 170.016¹⁴⁴, dentro de un universo poblacional de 1.439.120 personas. Particularmente en Santiago, la población alcanzaba 272.499 y de este total, la población lectora era 45.835.¹⁴⁵

Funcionarios

El número de funcionarios que se relacionaron con la Biblioteca durante los años que abarca mi investigación, sobrepasó a los trabajadores que se dedicaron a su organización interna, como se demuestra en el primer capítulo de mi trabajo. Sin embargo, existieron sujetos que se vincularon de manera directa con el espacio, como los encuadernadores de hojas, opúsculos, folletos, periódicos, revistas y obras que llegaron sistemáticamente a la Biblioteca y que, luego de este proceso, se depositaron en los estantes del establecimiento. O bien, los trabajadores cuya labor encomendada fue el orden, cuidado y resguardo de los impresos que se albergaron al interior del espacio. Dicho número varió durante los años en que la BN estuvo bajo la tutela de la Universidad. La cantidad de funcionarios se relacionó de manera directa con el presupuesto que se dispuso para los gastos del espacio como también, con los nuevos intereses y necesidades que fueron apareciendo durante el período que conllevó la institucionalización de ciertas prácticas.

En relación con esto último, es posible identificar cómo los trabajos que conllevaban los cargos se fueron especializando y diferenciando. Se observa este fenómeno cuando centramos la atención en las labores que desempeñaron el director de la BN y el conservador de la misma. Luego de la muerte de Vicente Arlegui -bibliotecario jefe desde 1843 hasta 1864- Ramón Briseño fue electo por el Consejo Universitario para desempeñar

¹⁴⁴ De esa cifra 103.731 corresponden a hombres y sólo 66.285 a mujeres.

¹⁴⁵ Serrano, Sol; Ponce de León, Macarena; Rengifo, Francisca. 2012. "Historia de la Educación en Chile (1810-2010)". Santiago. Editorial Taurus. Pg.125

esta labor. Si bien las responsabilidades en torno a las prácticas y los oficios que necesitaba el establecimiento para funcionar, habían sido reguladas mediante los reglamentos, con la llegada de Briseño estas se redefinen, se sistematizan y se estabilizan. Briseño escribe en 1875 que “Ese mismo año [1861] espidió el gobierno el reglamento que hoy rige a la Biblioteca; pero cuya mayor parte ha caído ya en desuetud a causa de la organización mas detallada i completa que el establecimiento ha estado sucesivamente recibiendo desde que a él ingresó el infrascrito bibliotecario”.¹⁴⁶

El decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades dejó de tener un rol tan activo en cuanto a la dirección del establecimiento. Con la llegada de Briseño el espacio empezó restablecer su autonomía. Si antes el decano redactó el reglamento junto a sus colegas del Consejo, discutió las categorías que debían introducirse en los nuevos sistemas de catalogación e incluso aprobó licencias médicas, con los años que abarca esta investigación, su rol se transformó y terminó siendo sólo un canal de comunicación entre la BN y el Gobierno mediante las memorias anuales que daban al Ministro de Justicia e Instrucción Pública sobre el estado, progreso y necesidades del espacio.

El cargo de bibliotecario o conservador, con la llegada de Briseño, tuvo que desempeñar distintas labores. Fue el encargado de realizar intercambios, de perseguir a los sujetos que, por medio de acuerdos del Gobierno, habían sido autorizados de manera excepcional para retirar libros y no los devolvieron a su debido tiempo. De igual modo, presentó -Briseño- muchas solicitudes para que los intendentes hicieran cumplir la ley de imprenta y remitieran dos ejemplares de las publicaciones hechas por las imprentas a lo largo del territorio.

Según la reglamentación aprobada en 1860, los bibliotecarios eran los responsables por las pérdidas ocasionadas al interior del espacio. De este modo, una vez electo en el cargo, era obligación obtener una hipoteca por dos mil pesos para responder por los daños o pérdidas sufridos al interior del edificio. Las labores que antes desempeñó el director como el inventariar y preocuparse del orden, ahora las realizaba el bibliotecario. Asimismo, debían inventariar los libros, revisar periódicamente los salones para cerciorarse de que los

¹⁴⁶ “Anales de la Universidad de Chile”. 1861. Santiago. V:22

textos se encontraran en su respectivos lugares, recoger de la tesorería general mes a mes los fondos para pagarle a los funcionarios, “Perseguir con todo rigor ente la justicia ordinara al que sustraiga, inutilice, cercene, rompa o manche un libro cualquiera; i si el acusado fuese condenado, debe prohibirle *ad perpetum* la entrada a la Biblioteca”,¹⁴⁷ y también comunicarse oficialmente con las autoridades para iniciar correspondencia mediante la Oficina de Canjes, intercambiar los duplicados con otros centros (misma edición exactamente) y reclamar las faltas de publicaciones que por ley deben entrar al establecimiento.

En este sentido, no solo se buscó una diferenciación entre el director y el bibliotecario, sino que también entre los funcionarios y los lectores. Estos no podían entrar a los salones donde se resguardaban los libros. “no permitir [los funcionarios] que en sus respectivas mesas de despacho se instale a trabajar lector alguno, pues si éste ignora el lugar propio para ello deberán designárselo”

Hacia 1875 la biblioteca necesitaba de siete funcionarios para suplir las necesidades del espacio, a saber: un conservador, dos ayudantes del conservador, tres auxiliares de los ayudantes y un portero. Tenemos noticias acerca de las labores desempeñadas por los ayudantes del conservador que dan cuenta de todo el trabajo que conllevaba poner en marcha una biblioteca.

Era obligación:

1. Atender con la debida prontitud al pedido de libros por los lectores concurrentes a los dos salones de lectura, facilitándoles catálogos tinteros surtidos, recibos en blanco i cuantas noticias e indicaciones necesiten para el estudio que deseen hacer. Sin que antes hayan escrito i firmado el correspondiente recibo.
2. Levar una prolija cuenta del número de lectores que diariamente concurren i de las materias que son objeto de su lectura; de los diarios i periódicos, obras, opúsculos, folletos i hojas sueltas que deben entregarse por las diferentes imprentas de la Republica; de los impresos que, no obstante la publicación hecha, dejen de entregársele absolutamente o que se le entreguen incompletos; de las publicaciones de que se depositen tres ejemplares para obtener el privilegio de propiedad literaria, conforme a la lei; de todas las obras que sucesivamente vayan adquiriéndose por compra, donativo i canje; del numero de las que mensualmente se encuadernen; i en

¹⁴⁷ “Anales de la Universidad de Chile”.1875. Santiago. Pg.479

suma, ir formando día a día el *movimiento mensual ed la Biblioteca* que en los Anales de la Universidad de Chile debe publicarse.

3. Colocar i arreglar convenientemente en sus respectivos lugares las diversas colecciones de papeles, folletos i libros que se reciben de los publicados en el país i en el extranjero, hasta que se pongan en estado de ser encuadernados.
4. Preparar los volúmenes que hayan de encuadernarse de todo uanto se haya adquirido a la rústica, debiendo para esto atenderse cuidadosamente a estas circunstancias de todo impreo: su nacionalidad, autor, materia, año de publicación i formato.
5. Procurar que toda encuadernación sea prolija, o en la cual presida el buen gusto al mismo tiempo que la solidez en el trabajo, empleándose siempre materiales escojidos a fin de que el libro se distinga no menos por su firmeza i elegancia que por su flexibilidad para abrirse i manejarse fácilmente. En todo lomo debe estamparse el año de la publicación del libro, el escudo nacional, i las dos palabras Biblioteca Nacional en tipo microscópico.
6. Hacer constar detalladamente, en un libro que se llevará al efecto, las entregas de oras a los encuadernadores, con o sin los correspondientes modelos según fuere i con las respectivas instrucciones escritas para cada obra, debiendo dichos encuadernadores firmar, antes de llevarlas a su taller, la correspondiente partida de entrega para que, por esta misma, pueda después hacérseles cargo de los volúmenes que devuelvan encuadernados.
7. Formar indice de cada nuevo tomo que se devuelva encuadernado, siendo de aquellos tomos que constan de diversas piezas u opúsculos bajo un titulojenerico.
8. Pegar una etiqueta al respaldo de la primera tapa de cada uno de los libros de la Biblioteca, i escribirla en seguida según la localidad que el libro que ocupe.¹⁴⁸
9. Trabajar constantemente en las minutas, catálogos y suplementos, sea para formar lo que de nuevo se necesiten, sea para completar i perfeccionar los existentes.
10. Trabajar constantemente en el arreglo de los impresos que constituyen el movimiento de entrada i salida de la oficina de canjes. Consiste este arreglo, con especialidad, en formar de ellos listas detalladas; i en coleccionar las obras que constan de mas de un volumen atando i colocando por separado cada colección, etc.

¹⁴⁸Estas etiquetas, con el sello del establecimiento, expresan precisamente estas tres circunstancias: 1. Número de volúmenes de que consta la obra a que pertenece el tomo que lleva la etiqueta; 2. Letra distintiva del estante y número de la tabla o casilla en que dicha obra se encuentra colocada; y. 3. Orden numérico que en la citada tabla le han cabido respecto a las demás obras en ella contenidas. Cuando la obra ha sido obtenida por obsequio debe agregarse esta particularidad, inscribiendo el nombre y el apellido del donante.

A fin de que los diferentes impresos con sus respectivas listas i embalajes estén siempre prontos para cada remesa de publicaciones nacionales que haya de hacerse en el extranjero.¹⁴⁹

*

El ocaso

Mediante el estudio de las actas del consejo universitario, los informes sobre el estado de la BN elaborados por los directores y enviados al Ministro de Justicia e Instrucción Pública -además de los que posteriormente elaboró el bibliotecario con el mismo fin- junto con las memorias de los secretarios de la Universidad, he podido observar que a lo largo de los 27 años de gobierno, hay un ocaso en la administración universitaria. Las quejas a partir de la disminución del presupuesto y del espacio se hicieron cada vez más frecuentes. Durante la década del cincuenta hay un marcado acento por generar vínculos entre la Biblioteca y otros centros de distribución e investigación científica repartidos por el territorio. En los sesenta se fabrican nuevos catálogos, se discute un reglamento para la Biblioteca al interior del Consejo Universitario y se mandan a confeccionar nuevos estantes que permitieron el gobierno de los impresos. Ya entrados los setenta, sin embargo, las quejas por la disminución del presupuesto, la falta de espacio y funcionarios se hicieron constantes y dieron cuenta de la dificultad de gobernar a los impresos por las condiciones materiales.

En noviembre de 1878, Ramón Briseño escribía una carta dirigida al Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades -y director de la BN- para solicitarle que el Consejo de la Universidad interviniera ante el Gobierno para que este lograra satisfacer una serie de necesidades por parte del espacio bibliotecario. Dicha carta fue enviada pocos meses antes de que la BN pasara a estar bajo la tutela del recién creado Consejo de Justicia e Instrucción Pública. En ella se expusieron varios de los puntos que impedían el correcto funcionamiento del espacio.

La falta de funcionarios como primera problemática trajo aparejado la paralización del trabajo interno, principalmente las labores de catalogación. Asimismo, implicó que la vigilancia en la sala de lectura se viera mermada ocasionando pérdidas irreparables.

¹⁴⁹ *Ibíd.*

Briseño no estuvo dispuesto a asumir las pérdidas mediante una sanción económica -a pesar que lo exigía el cargo-, pues consideraba que esto sobrepasaba las posibilidades para hacerse responsable de los impresos que se resguardaban en el edificio.

Lectores hai que ya han principiado, no solo a inutilizar las obras que piden, borroneando algunas de sus pajinas i rompiendo o extrayendo sus laminas, planos o mapas, sino hasta hurtándose volúmenes enteros; lo cual no proviene sino de falta de cijilancia nacida de la falta de empleados. Por cierto que si la cosa ha de continuar así, me encuentro en el deber de declarar que no podré responder ni hacer a nadie responsable de los desafíos i sustracciones bibliográficas que se verifiquen por los concurrentes a la biblioteca¹⁵⁰

Las recurrentes licencias presentadas por los funcionarios y la falta de reemplazantes provocaban el cierre constante del segundo departamento (los que necesitaban de tres funcionarios para habilitarse). Los días de ausencia de los trabajadores de la Oficina de Canjes Nacionales e Internacionales tampoco podía funcionar, habilitándose sólo el primero y principal de los departamentos, que contaba con tres funcionarios para ponerse en marcha.¹⁵¹

La segunda de las necesidades apuntadas en la carta tuvo relación con la disminución del presupuesto. Acusaba Briseño que no había dinero incluso para los gastos indispensables del establecimiento, tales como, la encuadernación de las obras, opúsculos, folletos, diarios y periódicos que iban entrando al espacio. Tampoco para la adquisición de obras europeas que mantenían continuidad en sus publicaciones (a las que la biblioteca suscribía) ni para los gastos de escritorio de las distintas secciones. La falta de presupuesto también mermó los despachos especiales –una vez habilitada la oficina de canjes-, el pago de empaquetadura de impresos, el de embalaje y fletes de los cajones que se enviaban o se recibían, la compra de publicaciones hechas en Chile por particulares para dotar de material a la oficina de canjes “i así, otros mil i mil gastos grandes o menudos que nunca dejan de

¹⁵⁰ “Anales de la Universidad de Chile”. 1878. Santiago. V:54. Pg. 482

ocurrir en un establecimiento de esta clase i que no es posible detallas con mas precisión”¹⁵²

El autor señalaba que cuando se estableció la Oficina de Canjes se calculó que esta no funcionaría con menos de 4000 pesos anuales¹⁵³. Para esa fecha la BN tenía asignado otros 4000 pesos del presupuesto para la instrucción pública. Poco después estos montos fueron refundidos en uno solo. Así, se le otorgaron 10000 pesos anuales para la comprar libros, costear los gastos del espacio y los de la Oficina de Canjes¹⁵⁴. Hacia 1878 Briseño daba cuenta de que “Esta suma ha ido cercenándose hasta el extremo de quedar reducida en el presupuesto del presente año a 2000 pesos, de los cuales solo la mitad he podido conseguir que se me entregue. I como entrante de 1879 se reduzca a 500 pesos”.

Ramón Briseño

La Bibliografía es, pues, de interés material y moral; la antorcha que alumbra a los estudiosos y hasta los sabios en el escojimiento, adquisición i arreglo de los libros. Es una lengua común entre los libreros y los sábios de todos los puntos del universo científico i literario. Una vez allegadas las palabras que la constituyen, una vez conocidos los libros, la principal y más difícil tarea es la clasificación que ha de comprender, las divisiones i subdivisiones de todos los productos del talento i del jenio, a la manera que la Historia Natural comprende las diferentes familias de plantas i animales. (...) sin ella no hai Bibliografía, catalogos, bibliotecas especiales ni índices posibles.

El bibliotecario.

Ramón Briseño puede ser considerado el primer bibliógrafo de nuestro país debido a la sistematicidad con que desarrolló su oficio. Su trabajo resulta vasto en incalculables materias. Para los propósitos de esta investigación, me parece relevante señalar que se desempeñó como secretario de la Facultad de Filosofía y Humanidades entre los años 1855

¹⁵² *Ibíd.* Pg. 556

¹⁵³ Dicho presupuesto debía ser desembolsado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Esto da cuenta de lo imbricada que estaba la Biblioteca con otras instituciones de gobierno.

¹⁵⁴ El sueldo de los funcionarios iba en un ítem aparte.

y 1886 (fecha de su jubilación definitiva); junto con esto, ocupó el cargo de conservador de la Biblioteca Nacional entre los años 1864 y 1886 y fue director de la Revista los Anales de la Universidad de Chile entre 1858 y 1886. En la trayectoria institucional de su figura, se puede observar el estrecho vínculo entre la Universidad, la Biblioteca y su órgano difusor: la revista de los Anales de la Universidad de Chile. Esta relación se mantuvo incluso luego que, por ley, el decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades dejara de tener bajo su cargo a la BN, y nos habla de la autonomía con la que contó el espacio bibliotecario y las necesidades de que en su interior se desarrollara este oficio.

Ramón Briseño se perfila en esta investigación como un agente mediante el cual se encarnaron las diversas formas que adquirieron las prácticas bibliográficas; en él se lograron articular muchos de los elementos referidos en este trabajo. El señor Briseño no sólo fue motor de muchas de las transformaciones que vivió la Biblioteca luego que se convirtiera en funcionario el año 1864, sino que, mediante su trabajo, contribuyó a la institucionalización de las mismas. La especificidad y minuciosidad con que realizó su labor permitió ordenar y sistematizar la información de los objetos bibliográficos, sorteando varios problemas propios del oficio.

A su afán por registrar y sistematizarlo todo debemos gran parte de la información que existe sobre la BN ese este período. Me conmueve y agradezco profundamente su labor. Mediante la revisión de 35 tomos de la Revista de los Anales de la Universidad de Chile -del cual Briseño fue su director-, pude observar la constancia con la que entregó información sobre los movimientos de la BN, las observaciones que hacía al Consejo sobre las necesidades y los progresos del espacio, como también de los múltiples alegatos que interpuso en contra del incumplimiento de la ley de imprenta. Debido a que jamás las imprentas remitieron el total de los textos que publicaban hacia la BN, se motiva a Briseño para fabricar la “Estadística Bibliográfica Chilena”. Dicho catálogo fue el que me motivó a estudiar este período.

Conclusiones

Para finalizar este trabajo me parece importante enfatizar en los complejos procedimientos que hay que realizar para generar conocimiento. La burocratización del saber bibliográfico y la entrada de libros al espacio se vió condicionada por múltiples

factores y agentes que sobrepasaron los muros de la biblioteca. Si bien, la catalogación da cuenta de los intereses institucionales -como lo fue la separación por materias asociadas a las distintas facultades de la Universidad- esta no pudo implementarse nunca correctamente debido a las condiciones materiales del espacio. Danto cuenta, a su vez, del carácter contextual de la ciencia.

Pienso que fui enfática en mostrar las dificultades con las que tuvieron que lidiar los funcionarios a la hora de poner en marcha la Biblioteca. Quise también dar cuenta de todos aquellos elementos necesarios para habilitar las redes de circulación de objetos bibliográficos hacia la BN. En este sentido, afirmo que, a mediados del siglo XIX, la Universidad de Chile tenía un fuerte vínculo con diversos centros repartidos por el territorio. La relación de nuestra casa de estudios con otros lugares de producción científica da cuenta de que el quehacer científico fue un fenómeno global. En particular, nuestra biblioteca “nacional” no habría tenido acceso a el *maremágnum* de textos con los que se abasteció sin la habilitación de las redes descritas a lo largo de esta investigación.

Quisiera señalar la importancia de estudiar la Revista de los Anales de la Universidad de Chile, fuente de utilizada para esta investigación. Pensar a los soportes como órganos aglutinadores de actores involucrados en procesos permite incluir a más sujetos al relato histórico. Resulta ilustrativa la nota enviada por José Santos Valenzuela a los miembros del Consejo Universitario, luego de haber sido notificado que con motivo de la guerra contra España que estaba protagonizado nuestro país en 1865, el Gobierno había decidido suprimir el presupuesto destinado a la impresión de la Revista.

Como la presente publicación es una de las mas importantes que salen de las prensas de Chile, sensible seria su paralización, tanto por la importancia que ella tiene en sí para las Ciencias i las Letras, como porque la publicación de ella proporciona el pan de cada dia a muchos trabajadores honrados i padres de familia, i que me seria harto doloroso dejarlos en la calle. En esta virtud, me ofrezco a hacer dicha publicación, en la misma forma i número de ejemplares que hasta ahora, por el íntimo precio de diez pesos el pliego, valor que es justamente el costo de material i trabajo; entendiéndose que esto será mientras dure el actual estado de las cosas.¹⁵⁵

¹⁵⁵ “Anales de la Universidad de Chile”. 1865. Santiago. V:27. Pg. 480

Junto con la pregunta sobre aquellos trabajadores de imprentas y encuadernadores que dieron vida a los impresos en nuestro país, surgen interrogantes como: ¿Quiénes fueron los lectores de las revistas de los Anales de la Universidad de Chile a mediados del siglo XIX? ¿cuáles fueron las rutas comunicacionales por dónde circuló? ¿Quiénes se vieron beneficiados con la información? ¿Cuáles fueron los centros en donde se distribuyó? ¿en qué lugares se encuentra almacenada hoy su colección? Dejo esbozadas estas interrogantes pues me parecen fundamentales a la hora de pensar el quehacer científico en la época republicana.

Por último, me parece importante enfatizar en el valor que tiene el oficio del bibliógrafo, disciplina casi olvidada en este pedazo de tierra. Sin el trabajo de Briseño, la composición y orden de la BN hoy, sería muy diferente. Ejemplo de ello son las colecciones chilena y americana, cuyo origen se remonta a esos años. Planteo la necesidad de generar estudios que apunten a develar la historia de fondos y colecciones al interior del espacio como también, identificar la trayectoria institucional de ciertos objetos al dentro de la biblioteca. El saber generado en torno a los impresos por una biblioteca pública, da cuenta de un pedazo de nuestra historia nacional que no ha sido escrita ni trabajada. Esta investigación intenta ser un aporte en este ámbito de estudio.

Bibliografía:

Álvarez, Bouza. 1992. “Orden y unidad en las librerías s de la alta edad moderna” En: “Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XVI-XVII)” Madrid. Editorial Síntesis.

Araya, Alejandra; Biotti, Ariana y Prado, Juan Guillermo. “La biblioteca del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. Matriz cultural de la República de las letras. 1813-1929”. Santiago. Ediciones Archivo Andrés Bello.

Aravena Nuñez, Pablo. 2013. “El ayer y hoy de una biblioteca pública.” Revista Mapocho (73)

Biotti, Ariadna. “La Historia por el libro. Circulación y prácticas de *La Araucana*. Santiago de Chile. (1788-1888).

Chartier, Roger. 1994. “El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en la Europa entre los siglos XIV y XVIII.” Barcelona. Editorial Gedisa

Chartier, Roger. 2000 “Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones”. Barcelona. Editorial Gedisa.

Da Silva, Ludmila. 2002. “El mundo de los archivos”

Feliú Cruz, Guillermo. 1966. “Ramón Briseño. Vida y obra del primer bibliógrafo chileno. 1814-1910.” Santiago. Universidad Católica

Herntant, Emilie y Latour, Bruno. “Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones.”

Joyce, Patrick and Bennett Tony. 2010. "Material Powers: Introduction". In: "Material Powers. Cultural studies. History and the material turn." New York. Routledge.

Joyce, Patrick. 2010. "Filing the Raj: political technologies of the Imperial British state". In: "Material Powers. Cultural studies. History and the material turn." New York. Routledge

Knorr Cetina, Karin. 2005. "La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes Editorial

Latour, Bruno. 1992 "Ciencia en acción. Como seguir a los científicos." Barcelona, Editorial Labor

Leiva Infante, Francisca y Hernández Toledo, Sebastián. 2013. "Historia mínima de la Biblioteca Nacional. (1813-2013)" Revista Mapocho (73).

López Taverne, Elvira. 2014. "El proceso de construcción estatal en Chile. Hacienda pública y burocracia. (1817-1860)". Santiago. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

Mackenzie, D.F. 2005. "Bibliografía y sociología de los textos" Madrid. Akal ediciones

Martin, Henri-Jean y Febvre, Lucien. 2005. "La aparición del libro". Buenos Aires. Editorial Libreria

Martínez Baeza, Sergio. 1982. "El libro en Chile". Santiago. Editorial Lord Cochrane.

Mellafe, Rolando; Rebolledo, Antonia y Cárdenas, Mario. 1992. "Historia de la Universidad de Chile". Santiago. Ediciones de la Universidad de Chile.

Nieto, Mauricio. “Poder y conocimiento. Nuevas tendencias en historiografía de las ciencias

Pimentel, Juan. 2010. “¿Qué es la historia social de las ciencias?”

Podgorny, Irina. 2013. “Revista electrónica de fuentes y archivos. Los Archivos de la ciencia: prácticas científicas, cultura material y organización del saber”. Centro de Estudios Históricos (4): 20

Sanhueza, Carlos. 2014. “Geografía en Acción. Práctica disciplinaria de Hans Steffen en Chile (1889-1913)” Santiago. Editorial Universitaria

Sanhueza, Carlos. “Objetos naturales en movimiento. Acerca de la formación de las colecciones del Museo Nacional de Chile”

Santos Anamburo, Ana y Torres Santo Domingo Marta. 2004 “La biblioteca histórica de la universidad de complutense: una primera aproximación a sus procedencias” En: Catedra, Pedro y López, María Luisa. “La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América. Tomo II.” Instituto de historia del libro y de la lectura. Biblioteca universidad de complutense.

Serrano, Sol. 1994. “Universidad y nación. Chile en el siglo XIX”. Santiago. Editorial Universitaria

Serrano, Sol; Ponce de León, Macarena; Rengifo, Francisca. 2012. “Historia de la Educación en Chile (1810-2010)”. Santiago. Editorial Taurus.

Subercaseaux, Bernardo. 2010. “Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario”. Santiago. Lom.

Wagner, Klaus. 2004 “La Universidad de Sevilla” En: CATEDRA, Pedro y LOPEZ, María Luisa. “La memoria de los libros. Estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América. Tomo II.” Instituto de historia del libro y de la lectura. Biblioteca universidad de complutense

Weber, Max. “Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva”